



SS

**SERVICIO
SECRETO**

DONALD CURTIS

**SI MURIESE
AL AMANECER...**

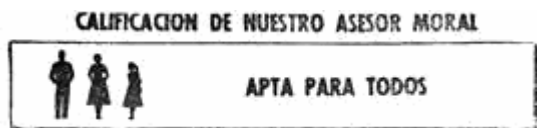
DONALD CURTIS

Si muriese al amanecer...

1.^a EDICIÓN
OCTUBRE - 1960



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES



DEPÓSITO LEGAL B 10742 – 1960

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© DONALD CURTIS - 1960

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva (antes Proyecto), 2 - Barcelona - 1960

N. R. 3612/60

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

579 — Hijo de la venganza. 626 — Destinos de violencia. 652 — Guantes negros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

512 — Ejecución. 515 — Enigma para Sally. 525 — La muerte se viste de seda.

En Colección BÚFALO:

330 — Pasó un forastero. 346 — < Gatillo. 356 — Centauros negros.

En Colección PANTERA:

8 — La carga de llano rojo. 35 — Rancho perdición. 43 — Destino: Muerte.

En Colección TEXAS:

176 — Es mi venganza. 192 — La muerte llegó con él. 205 — El revólver es mi ley.

En Colección CALIFORNIA:

181 — El "Colt" dicta sentencia. 188 — El odio tiene raíces. 199 — El exterminador.

En Colección COLORADO:

22. — La herencia de Caín. 47 — La dama de Santa Fe. 128 — Buitres sobre Tejas.

En Colección KANSAS:

7— Doctor "Colt".

En Colección ASES DEL OESTE:

11 — Violencia en el Cimarrón. 43 — El hombre de "Vado Muerto". 57 — El hombre de Luisiana.

***Si muriese
al
Amanecer***

por
DONALD CURTIS



CARTA A MARTIN RICE,
CRONISTA DEL "DAILY CLARION"

"Usted solamente recibirá esta carta si yo muriera al amanecer.

"Si en estos momentos está leyéndola, será señal de que lo inevitable ha sucedido. No temo morir. Lo terrible es morir siendo inocente. Morir siendo joven. Morir, en definitiva, amando la vida.

"Cierto que procuraré ir a la muerte con dignidad. Con la confianza en que mi muerte no será en vano. Con la fe en que no todo termina aquí. Y que esto, lo de mañana, al amanecer, es solo el principio.

"El principio... ¿de qué?

“No sé. Nunca se sabe lo que viene después. Mi vida no ha sido ejemplar, ni yo he merecido que Dios me conceda perdón o favor. Pero cuanto de malo pueda haber en mi pasado, me arrepiento. Muero, pues, lamentando no poder enmendar lo que ya no tiene remedio.

“Pero proclamo mi inocencia a todos los vientos, a todos los oídos humanos que quieran permanecer abiertos hoy a mi voz. Usted, señor Rice, ha creído en mí. Lo sé. Y eso, viniendo de un hombre que siempre estuvo convencido de mi culpabilidad, de un hombre que escribió en su periódico todo lo que le dictó su mente y su corazón, hostiles a mí y a los que terminan como yo entre estos muros de la penitenciaría, resulta alentador.

“Sí, señor Rice. Alentador, incluso en la hora tremenda de la muerte. En este momento que no le puedo describir, que nadie es posible que se imagine fielmente. Y que se aproxima por momentos, mientras el reloj eléctrico de la prisión avanza implacable hacia la hora decisiva de mi vida.

“Yo no maté. He hecho muchas cosas malas, ya se lo dije antes. Pero no maté. No levanté la mano contra aquella mujer. Ella sí lo sabe, porque ella está en las sombras eternas de ese Reino de los Muertos adonde yo me dirigiré en breve. Es decir, adonde me habré dirigido ya cuanto usted lea esto.

“Si ahora, en este preciso instante lee estas líneas, señor Rice, sea cual sea la hora que marque su reloj, usted sabrá que yo no existo. La Prensa, la Radio, habrán dado esa nota escueta y terrible que para los lectores significa poco, apenas una información más a la hora de tomar su desayuno: “Esta mañana, a primera hora, fue ejecutado el condenado a muerte Davy Hommer.”

“Y Davy Hommer soy yo. Mejor dicho, Rice, fui yo...

“No sé hasta qué punto Dios concedió al hombre el derecho a extinguir por sí mismo la vida de sus semejantes, en defensa de una pretendida Justicia, no siempre justa.

“A usted tal vea le sorprenda esta carta póstuma de un hombre que ha sido ajusticiado. ¿Por qué le he elegido a usted como destinatario de mi carta?

“La verdad, ni siquiera yo mismo lo sé. ¿Recuerda que hace apenas cuarenta y ocho horas mantuvimos una entrevista ambos? Era la última que yo concedía a un hombre de “más allá de los muros grises”. Luego han venido otros, pero ya no les he recibido.

“Entonces, cuando hablamos de todas las cosas que interesaban a sus lectores, señor Rice, no se me ocurrió siquiera que fuera a tenerle presente en mis últimos minutos. Y sin embargo, así es.

“Quiero pedirle algunas cosas. No se trata de clamar por mi inocencia, aunque es cierta. Y usted sabe que un hombre que ha muerto, ya no puede tener el menor interés en proclamarse inocente, puesto que eso ya carece de valor ante usted y ante los demás seres humanos que, en definitiva, han dejado de interesarme como tales, una vez deje de formar parte de su cosmos social, como así habrá sucedido al leer usted esta carta.

“A pesar de ello, señor Rice, yo era inocente. No maté, lo repito. Y no me importa si lo cree o no. Lo que quiero es que visite a mi madre, en nombre mío, y se lo diga así. Lo peor de todo, es que ella jamás creyó en mi inocencia. No le di motivos para ello, lo confieso. Usted, Rice, trate de decírselo tal como es. Solo deseo que ella crea en mí. Y a mi madre no sería capaz de mentirle ahora.

“También está una chica. Se llama Sally. Íbamos a casarnos cuando... cuando ocurrió. Y ahí terminaron nuestros sueños. Es gracioso que haya tenido que suceder precisamente cuando se

iniciaba nuestro camino, y cuando yo me había prometido a mí mismo ser mejor, rehacer mi vida totalmente.

“Acaso me estuvo merecido. No se debe de esperar tanto. El día de mañana, siempre es demasiado tarde para cosas así.

“No le costará encontrar a Sally Speed. Es de mi barrio. Y en mi barrio, todos se conocen. Ellos le dirán dónde puede hablar con ella.

“Gracias, Rice. Sé que lo hará. Sé que hará todo esto por mí. Y que no lo utilizará para ensuciar más papel impreso del que ya han ensuciado otros cuervos de su profesión. Usted no es como ellos, y por eso le escribo esta carta.

“Usted es un periodista de verdad. Arremetió contra mí dura, pero lealmente, cuando me juzgó culpable. Se templó su virulencia al dudar. Y se suavizó, definitivamente, cuando empezó a pensar que en mi proceso había demasiadas cosas raras para no montar en sospechas sobre su legalidad y rectitud.

“Eso es todo, Rice. Perdone si le molesto. Perdone la última acción impulsiva de un hombre que, aunque no cumpla lo que le pide, no le insistirá sobre ello. Pero yo sé que usted lo hará. Como también sé que no hará pública esta carta, para satisfacer la voracidad de rapiña de los demás. La última carta de un reo a muerte, siempre es patética y fácil de explotar, cara al público. Siempre es noticia. Pero si usted es periodista, si usted es hombre, Rice, no publicará esto. Quedará entre nosotros dos.

“Entre uno que se fue... y otro que se queda.

“Gracias por todo ello, Rice. Gracias, de un hombre que cometió muchos errores, pero que jamás mató a nadie.

“Su amigo:

Capítulo Primero

“DIOS SE APIADE DE TU ALMA...”

—Su cerveza, Martin.

—Está bien, Wally... Déjala ahí.

Wally dejó la cerveza sobre la mesa. Miró intrigado a Martin Rice, y salió de la pequeña pieza rectangular, rodeada por muros de vidrio. Rice contempló la botella cubierta del grato empañado del frío interno, en contraste con el intenso calor reinante.

Dobló lentamente el papel que tenía entre sus manos. Era una larga hoja de buen papel, con el membrete de la Prisión del Estado. Totalmente llena de letra menuda y prieta por ambas caras. La introdujo en el sobre sin membrete ni remitente.

Luego, suspiró. Sus ojos volaron al ejemplar del “Daily Clarion”, todavía fresco, y extendido sobre la mesa. Los titulares, de gruesa tipografía, bailotearon ante sus ojos, a pesar de que ya estaba habituado a ellos, en las últimas horas:

“¡DAVY HOMMER, EJECUTADO! EL ASESINO
DE LA CARRETERA, MUERE EN LA SILLA
ELECTRICA.”

Martin Rice apretó los labios. Sus dedos estrujaron la carta. Imaginó un bonito titular, que podría cubrir una edición especial del “Daily Clarion” aquel mismo día: “¡Carta póstuma del condenado! La voz del muerto, clama inocencia desde su tumba”. Y luego, un aumento de sueldo posiblemente. Y las felicitaciones de sus compañeros, del director, de todo el mundo...

Rice tuvo una mueca amarga. Nadie le podía impedir hacerlo, auparse unos escalones más en su senda profesional. Cualquiera de

sus compañeros hubiese dado dos años de sueldo por una carta como aquella.

Y él la tenía. Allí, entre sus dedos. Bastaba llevarla al fotograbado, reproducirla a toda plana, rodearla de una orla negra y ponerle titulares rojos. Eso siempre gustaba. El rojo y el negro son colores que gustan a la fiera. Y el público es esa fiera. Insaciable, voraz, cruel y repelente...

Martin Rice inclinó la cabeza. No se consideraba a sí mismo como demasiado honesto ni discreto. Eran dos virtudes poco acordes con un periodista de aquella ciudad.

Rice había aprendido sus primeras lecciones prácticas de un veterano y duro reportero que llegó, gracias a su firmeza y carencia de escrúpulos, a la cima de su carrera. Esas lecciones, compendiadas en pocas palabras, eran poco más o menos:

—No seas leal con nadie. Miente, promete en falso y publica lo que has dado palabra de mantener secreto. Derriba prestigios, hunde reputaciones, y si inventas algo que no sea cierto, procura siempre que sea malo y perjudicial para alguien. Entonces serás un buen periodista, hijo...

Había seguido esas normas. Porque otros muchos las seguían también. Era como una jungla, y había que vivir a mordiscos, defenderse a zarpazos.

Había llegado lejos. Pero muchas veces, le falló su propia conciencia. Tuvo escrúpulos, y se vio arrollado por otros que corrieron más y mejor.

Ahora, sin embargo, de una sola vez, podía rectificar todo eso, podía lanzar un ataque tal, que el camino perdido se recuperaría de una sola vez. Aquella carta de Davy Hommer, de un hombre tristemente famoso, saltando del anonimato a las primeras páginas de los periódicos, por su delito y por la posterior y dramática lucha del reo contra su sentencia, era el camino para llegar lejos.

Una frase de Hommer se repitió, como si repercutiese, devuelta por una membrana sensible, como la de un tambor, dentro de su cerebro: "...Si usted es periodista, si usted es hombre, no publicará esto..."

No, no iba a publicarlo. Al menos, por el momento. El impacto del reo a su conciencia, no había sido fallido. Llegó preciso, como el directo de un boxeador.

Guardó la carta en un bolsillo. Recordó la cerveza, porque la sed y la emoción le reseaban la boca. Estiró el brazo, tomando la botella, y la destapó, bebiendo en ella.

Cuando la dejó, estaba completamente vacía de su helado contenido. Pero Martin seguía teniendo sed. O acaso no era sed, pero la boca continuaba seca.

Incorporóse, paseando por la pequeña jaula encristalada de su despacho en la Redacción, con las manos en los bolsillos.

Había algo que le impresionaba más, mucho más que ninguna otra cosa, en aquella carta entregada a su abogado, Todd Nelson, por el infortunado Davy Hommer, horas antes de morir en la silla eléctrica de la Penitenciaría del Estado.

Y era aquel párrafo alusivo a la escasa importancia que para un muerto puede tener el que los demás crean o no en su inocencia. Todd Nelson, había recibido la carta con una específica, tajante indicación en el sobre: "Para entregar a Martin Rice, del "Daily Clarion", SOLAMENTE en el caso de ser ajusticiado."

Hommer había sido ejecutado a las seis de la mañana, cuando las primeras luces matinales del día veraniego, asomaban por encima de sus grises edificios. Murió al amanecer, como estaba previsto, y la carta llegó a su destinatario.

Entonces ya no importaba lo que el mundo opinase de Davy Hommer, porque el hombre había muerto, y el veredicto final no estaba ya en manos de los hombres que le juzgaron y condenaron.

Y, a pesar de todo, Davy Hommer repetía una y otra vez: "Yo no maté... Yo no maté..."

Rice necesitaba pensar. Cosas así, había que pensarlas mucho. Hommer tuvo razón en algo. Él, durante el proceso, fue un convencido de su culpabilidad. Arremetió contra los seres que, como Davy Hommer, eligen el camino de la delincuencia, en una sociedad que, si no siempre se porta bien con sus criaturas, tampoco es cierto que, como afirman los amargados y resentidos, cierre sus puertas a los que luchan con verdadera fe.

Luego, llegando ya a su término el proceso empezaron las dudas de Rice. No sabía a ciencia cierta por qué. Pero allí había algo. Algo que no iba bien. Ciertamente que el teniente Burton, de la Policía local, había sido tajante. Ciertamente que las pruebas circunstanciales presentadas por el fiscal, fueron rotundas. Ciertamente que los

testigos Connie Jeffries, Marion Downs y Harry Dudley no admitían lugar a objeciones.

Todo ello formó tal cúmulo aplastante contra Hommer y su defensor, Todd Nelson, que este vio pronto la batalla perdida. Su final fue desesperado, agotador y sin esperanzas. Perdió la lucha, a sabiendas de ello mucho antes de que el Jurado, evidentemente hostil ante la escasa simpatía personal de Davy, emitiera su voto de culpabilidad sin atenuantes. Y mucho antes, también, de que el juez Stuart, que tampoco derrochó simpatía hacia el reo, pronunciara la terrible frase: “Y que Dios se apiade de tu alma.”

Rice evocó ahora todo eso, como en una rápida proyección cinematográfica ante los ojos de su mente. Luego, la película terminó, y el periodista hallóse nuevamente a solas consigo mismo, en el caluroso cubículo de la Redacción donde trabajaba día a día, año tras año.

De eso hacía cuatro años. Y cuatro años son demasiados para que llegue la ejecución de una sentencia. Finalmente habían ratificado la decisión del Tribunal, tras algunas demoras y revisiones.

Pero ya no tenía remedio. Él no podía devolver la vida a Davy Hommer. Lo único que estaba en su mano hacer, lo haría. Visitar a la señora Hommer, la madre del reo. Y a Sally Speed, su novia. A ambas les daría el encargo postrero, la frase que podía ser consoladora para ellas, del hombre que proclamó su inocencia antes de morir.

Se decía que todos juran ser inocentes hacia el fin. Pero no todos lo mantienen más allá de los límites de la vida, más allá de la luz y del ser...

Martin Rice abrió la puerta de su oficina. El tecleo de las máquinas, las voces de los reporteros, el bullicio del tráfico, a través de las ventanas abiertas, resultaba ensordecedor allí.

Rice cruzó entre todas las mesas, cambiando comentarios triviales con todos sus compañeros. Uno le gritó, sin dejar de aporrear su máquina:

—¡Eh, Martin! ¿Qué tal cara tenía Hommer cuando le visitaste? ¿Por qué no le pediste el pronóstico para la Liga de *base-ball*?

Otros rieron la ocurrencia. Rice sintió náuseas y ni siquiera contestó. Cosas así hacían repugnante su oficio. Como todos los

oficios donde había gente como esa. Hasta el verdugo que apretó el interruptor en la Penitenciaría, era más humano que ellos. Por lo menos, él hacía eso por obligación.

Salió a la calle. El calor era cada vez más intenso. Era un mediodía en que el sol parecía plomo derretido, y el asfalto de la calle se pegaba a las suelas de los zapatos como goma de mascar.

Tomó su pequeño coche de dos plazas, de modelo deportivo y roja carrocería, encaminándose hacia el sur de la ciudad. Conducía moderadamente por las calles amplias y soleadas. Pero al pisar la carretera, aceleró hasta rebasar las noventa millas, y su rojo bólido pareció volar sobre la ancha cinta asfaltada, por entre árboles, zonas residenciales y parques.

Un rótulo indicador, a su derecha, señaló, con una indiferencia escalofriante: “Al presidio del Estado, 10 millas”,

Pero Martin Rice se detuvo mucho antes de llegar allí. Justamente a mitad de camino, se hallaba el suburbio residencial denominado County Hill. En realidad, había muchas colinas en el Condado, para que precisamente aquella ganase el título propio de Colina del Condado, pero así era, y Rice no podía hacer nada por alterar su nomenclatura.

Un cartero descendía, en su bicicleta, por la senda vecinal de la colina, entre cercas verdes o blancas, que rodeaban setos, jardines y arriates floridos, con los nombres de sus propietarios.

Rice le detuvo con un ademán, al tiempo que frenaba el coche. Interrogó con voz viva:

—¿Sabe dónde está la vivienda del padre Moran?

El cartero asintió sin vacilar. Se volvió a medias en su bicicleta, y señaló hacia atrás.

—Por supuesto, señor —dijo servilmente—. Suba todo el sendero, hasta el indicador de la milla 7, y luego gire por la avenida de la derecha, hasta un lugar llamado “Villa Jardín”. Allí le encontrará. En el buzón verá que cita a unos señores llamados Bradley, pero no le importe. El padre Moran es nuevo en el lugar, y dice que hay cosas más importantes que apresurarse a cambiar el nombre de los antiguos propietarios.

Rice le dio las gracias y siguió adelante. Obedeció las indicaciones del cartero. Minutos más tarde, se detenía ante la “Villa Jardín”, y el buzón de los Bradley.

Tuvo suerte, porque en ese momento, un hombre en mangas de camisa, con pantalón y zapatos negros, portando consigo un rastrillo, abría el buzón, extrayendo algunas cartas, periódicos e impresos.

Le miró agudamente, con unos ojos claros y expresivos. Era levemente rubio su cabello castaño. Quizá no tendría más de treinta y cinco años.

—Buenos días —saludó Rice—. ¿El padre Moran, por favor?

—Yo mismo —sonrió su interlocutor. Y al advertir la sorpresa en el rostro del periodista, se miró de arriba abajo—. Oh, entiendo su extrañeza. Pero cuando me dedico al jardín, no puedo llevar mis ropas de sacerdote. ¿Quería verme?

—Sí, quería verle. Pero si está ocupado...

—Eso no es obstáculo. Puedo atender a mi jardín y hablar con usted, si no le importa.

—En absoluto —Martin Rice saltó de su coche, y cruzó la puerta entreabierta, reuniéndose con el sacerdote en el sendero de grava—. Mi nombre es Martin Rice.

—Encantado de conocerle —la mano que estrechó la de Rice, era fuerte, vigorosa—. ¿Rice ha dicho?

—Eso es. ¿Me conoce?

—Creo que sí —asintió lentamente el sacerdote.

—En ese caso, no le iré con rodeos, padre. ¿Sabe a lo que vengo?

—Lo imagino. Yo tampoco andaré con evasivas. ¿Sabe que no le podré ayudar mucho?

—Sí —Rice sonrió, y su gesto halló eco en el sacerdote—. Supongo que todo lo que yo pueda preguntar es “estrictamente privado”, ¿no es así?

—Efectivamente. Pero hay algo más aún, señor Rice —el padre Moran echó a andar. Era atlético, aunque enjuto. Su gimnasia del alma, no debía hacerle olvidar la del cuerpo—. ¿Usted sabe lo que significa el secreto de confesión?

—Sí.

—Pues chocará siempre con eso. ¿Descorazonado?

—No. Hay cosas que no tocan ese terreno suyo, Padre, en el que yo jamás me adentraría.

El padre Moran se detuvo entre dos altos setos. Volvióse lentamente a Rice, soltando el rastrillo. Inclínose y su mano firme se cerró en torno a unas podadoras, con las que empezó a recortar las ramas sobresalientes del seto izquierdo. Luego, habló despacio. Sin dureza, pero también sin blandura:

—Permítame que dude eso, señor Rice. Usted no es únicamente un periodista. Ya le dije que su nombre me es conocido. He leído cosas suyas. Tal vez le duela, pero me gusta hablar claro. No estoy de acuerdo con su modo de escribir.

—Yo tampoco lo estoy —confesó Rice—. Pero usted debe de saber, Padre, que uno se gana la vida en eso. A veces, nos exigen cosas que nos repugnan. Las hacemos, porque negarse a ello es perder el pan, y siempre hay otro que las hace.

—Su teoría, en apariencia, justifica muchas cosas. Pero solo en apariencia —el sacerdote suspiró—. Bien, ¿qué quiere saber, señor Rice?

—Usted es uno de los hombres que habló por última vez con Davy Hommer —hizo un rápido gesto con la mano—. Conste que no cometo ningún error al hablar así. Me refiero al hombre, no al sacerdote. Ustedes hablarían de cosas, fuera de la estricta confesión. Cosas de hombre a hombre. Hommer le hablaría como a un amigo, supongo...

—Todo condenado habla al sacerdote como a un amigo, incluso fuera de su confesión. ¿Qué pretende, Rice? ¿Quiere ahondar en eso para servirlo a sus lectores? Pues ha equivocado el camino. Yo no doy material para esa triste tarea suya. Y lo siento. Busque el tema de su artículo en otro sitio.

—Es natural que piense así, padre. Sin embargo, yo no busco basura para mis lectores, ni trato de explotar su buena fe. No sé si me creerá o no. Pero le doy mi palabra de honor de que ni una sola palabra de todo esto irá a la letra impresa. Es algo... entre usted y yo.

—¿Del hombre al sacerdote? Porque en ese caso, no puedo escucharle aquí, sino...

—De hombre a hombre, sencillamente, padre Moran. Le he preguntado si habló con Hommer. Usted, como sacerdote de la Penitenciaría, lo hizo, naturalmente. Pero yo me refiero simplemente a lo que hablaron, fuera de todo secreto de su

sacerdocio. De Davy Hommer, tal y como era ante sus ojos.

—Hay periodistas que empeñarían su honor y mucho más, por sacar algo, señor Rice.

—Ya lo sé. Yo, no. En otras ocasiones he hecho cosas peores. Ahora, no es ese el caso. Busco algo digno. Le mostraría cierto papel, si no fuera porque debo callar aún, ocultarlo a demanda de alguien con quien pienso ser leal. Si cree en mí, hábleme. Si no... le daré las gracias, a pesar de todo, y me marcharé.

El sacerdote estudió durante cierto tiempo a Martin. Este soportó su mirada. Finalmente, el padre Moran habló:

—Muy bien. Voy a creer en usted. ¿Qué quiere saber exactamente?

—Si Davy Hommer era inocente.

—Fue juzgado y sentenciado. Los hombres le condenaron. Su pregunta, concierne ya solamente a Dios.

—De otro modo, entonces: ¿podría ser inocente?

—Todo culpable puede ser inocente. La línea divisoria entre una y otra cosa, es tan sutil, que muchas veces el ser humano comete un error al juzgar. Pero poderlo ser, no implica necesariamente serlo.

—¿Su juicio personal?

—Hablé con Davy Hommer varias veces en estas últimas semanas —cortó un tallo del seto. Pero la señal de su abstracción fue que aquel no era de los que sobaban. No enmendó su yerro, sino que siguió hablando, sin podar más—. Él siempre sostenía que era inocente. Yo no conocía bien su caso. El padre Willoughby, con quien habló el reo muchas veces en los pasados años, tal vez le conocería mucho mejor. Pero ahora soy yo el capellán de la prisión. Hommer era un muchacho de charla fácil y cordial. No negaba sus actos reprobables, y hubo bastantes en su triste y atormentada vida. Pero siempre negó ser un asesino.

—Todos los culpables niegan siempre, ¿no es cierto, Padre?

—Sí, casi todos. Es instintivo. El hombre lucha por salvarse. Y sabe que su único medio es negar sus delitos graves. Pero...

—¿Pero qué? —saltó vivamente Rice.

—No sé... —el sacerdote inclinó la cabeza, meditando. Con el dorso de su mano limpió el sudor que empañaba su frente amplia—. Hubo algo que me impresionó, Rice. No lo he referido a nadie,

para evitar que los periódicos le diesen publicidad, e hicieran con ello sensiblero dramatismo. Pero cuando Hommer se despidió de mí, para subir el tramo que conduce a... aquel artefacto... clavó un instante sus ojos en los míos, oprimió mi mano con fuerza y susurró: “Muero siendo inocente, Padre. Pero eso ya no me importa. Sé que Dios lo ve y lo sabe...”.

Rice no dijo nada. Su boca volvía a estar reseca. Y no era solamente por el calor. El sacerdote concluyó, con un suspiro:

—Jamás me dijeron algo tan simple y, a la vez, tan intenso. Me quedé como helado, viendo a aquel desdichado sentarse en su último asiento. Pero nada podía hacer yo. Desde entonces, me pregunto si no habrá sido todo un tremendo error judicial, un fallo espantoso de la maquinaria humana de la Ley.

Rice asintió ahora, muy despacio. Dijo con voz sorda:

—Gracias, Padre. Creo que me ha sido usted muy útil...

—Esa información daría juego en su periódico —sonrió el sacerdote—. ¿Piensa utilizarla?

—Antes le di mi palabra en ese sentido. No es un artículo lo que busco, sino algo mejor que todo eso. Quería un poco de convicción, de fe en algo que tengo que referir a otros, para que ellos también lo crean.

—Y ese algo... ¿es la inocencia de Davy Hommer?

—Sí.

—Entonces, le deseo suerte, hijo —el padre Moran se inclinó, cortando ahora con tino los tallos sobrantes—. Esa será una hermosa obra, mucho mejor que ensuciar papel imprimiendo sensacionalismos ruines. Sí, siempre es una obra digna el dar un consuelo póstumo a los demás... aunque ese consuelo sea una mentira.

—Usted mismo ha dicho, Padre, que...

—Yo solo he dicho que dudo. Dudar, hijo mío, no es creer. Solamente empezar a creer. Pero ¿se sabrá alguna vez la verdad auténtica sobre Davy Hommer?

—No lo sé. Yo solamente sé, Padre, que creo en una verdad. Tampoco está en mi mano hacer ya nada por el reo. Sin embargo, quedan seres en el mundo que merecen un último consuelo. Y para ellos, esa puede ser la verdad auténtica sobre Davy Hommer.

—Que Dios le ilumine en ese caso, señor Rice —el sacerdote le estrechó de nuevo la mano, con fervor—. A partir de hoy, tiene en mí aun verdadero amigo.

Martin se despidió calurosamente del sacerdote. Todavía se volvió, mientras bajaba por la avenida de árboles, en busca de la carretera descendente de la colina, y encontró al sacerdote agitando su brazo desde la cerca. Rice le devolvió el saludo. Luego, emprendió una carrera veloz, de nuevo hacia el centro urbano.

Pero su destino no estaba en el núcleo moderno y bullicioso de la población, sino al otro lado de la ciudad, en un suburbio que era casi una ciudad aparte. En el distante y miserable Hamptonside, cuna y origen de Davy Hommer. Y de muchos otros como él...

Capítulo II

“AQUÍ VIVIÓ ESE HOMBRE...”

Martin Rice detuvo su coche en un garaje, a la entrada de Hamptonside.

Siguió a pie, por las calles no muy amplias. Abundaban las basuras, los solares cercados, los edificios de muros pringosos y agrietados, en cuyas ventanas se colgaban las ropas recién lavadas, y en cuyas aceras los niños, desaseados y mal vestidos, jugueteaban con pistolas de madera o puñales de goma, en un insano afán por los juegos violentos.

Las tiendas exhibían sus mercancías tras unos escaparates en los que el polvo hacía casi irreconocible los artículos expuestos, y la indolencia de sus propietarios no era un indicio demasiado halagüeño de la marcha del negocio.

Rice paseó como un desocupado más por las calles del suburbio. El calor arrancaba hedores de algunas basuras, y bajo el riego de unos empleados municipales, los muchachos, en paños menores, se duchaban con gran algarabía dos calles más abajo.

La ciudad no era siempre hermosa y pulcra. Pero de esta otra faz la gente se ocupaba poco.

Había estado allí con el fotógrafo del periódico, cuando la última confirmación del Tribunal, respecto a la fecha de ejecución de Hommer. Este era el mundo del condenado, de sus primeros años. El mundo en que transcurrió una infancia miserable y una adolescencia peligrosa. Tan peligrosa, que había terminado así...

Rice recordaba muy bien las calles de Hamptonside, los edificios visitados y todo lo demás. Pasó ante la casa donde había nacido Davy. Era una sólida, vieja edificación de cinco pisos, y en cada piso ocho o diez apartamentos angostos, oscuros paupérrimos.

Pero allí no encontraría a nadie. Los Hommer dejaron aquella

zona mucho antes de que Davy cumpliera diez años. Rice siguió caminando, hasta la llamada Unión Square.

Se detuvo a la entrada. Unión Square era un lugar relativamente céntrico. De la plaza, rectangular y amplia, arrancaba la calle principal del barrio, repleta de pensiones baratas, locales de juegos electrónicos, bares, clubs, gimnasios y droguerías o estancos. Por la noche, esa calle era el punto más iluminado de todo Hamptonside. Y, por contraste, el menos decente.

Allí, en Unión Square, estaba la casa de los Hommer. Allí había sido prendido Davy, por un oficial de policía del Distrito, y otro del Departamento Central. Ya no volvió jamás...

Rice se encaminó a la entrada de la casa. Por el intenso calor, las ventanas estaban abiertas. Se oía música de una radio en un piso. En otro, un boletín de noticias hablaba de Davy Hommer. En casi todos los lugares, había alguien, en camiseta o en pijama, leyendo un periódico.

No era el día más oportuno para meterse por allí, sobre todo si alguien recordaba que él era Martin Rice, un cronista de “sucesos” que nunca se llevó bien con el hampa.

No se resolvió a entrar. Desde la calle comprobó que las ventanas del piso de la señora Hommer estaban cerradas herméticamente. Recordaba muy bien cuál era aquel piso, y con la temperatura de la tarde, era de suponer que si estaban cerradas las ventanas, era porque allí no había nadie.

Eso le intrigó. Sabía que el cadáver continuaba en poder del Estado, que se encargaría de sus funerales, por no haberlo reclamado nadie. Si la señora Hommer no había cambiado de idea, y modificado su dureza con respecto a su hijo, ¿dónde podía estar ahora?

Apartóse lentamente de la casa de vecindad. Echó a andar hacia la calle principal. Se llamaba Hyde Street, y era evidente que los dueños de garitos, establecimientos de vicio y círculos de baile o de entrenamiento deportivo, se habían propuesto aprovechar al máximo ambas aceras de la no muy larga calle.

Martin compró un paquete de cigarrillos en uno de los estancos, apuró una cerveza en un establecimiento de bebidas, y siguió adelante por la vía principal del barrio.

Los periódicos, con la noticia de la ejecución de Davy Hommer,

invadían los puestos de Prensa y los lugares más destacados. Agrupábanse gentes en torno a ellos, releiendo ávidamente la noticia negra del día.

Martin se sentía incómodo. Allí, todos eran amigos del muerto. Hubiera bastado la presencia de un uniforme policial para desatar el tumulto. La sorda ira de todos hacia la Ley, que consideraban injusta, latía en el ambiente, se palpaba casi.

—Buenas tardes, Rice. ¿Tienes un fósforo, por favor?

El periodista se volvió en redondo, con los nervios crispados. No había esperado el sonido de aquella voz, a su derecha. Y mucho menos, llamándole por su nombre. Había un grupo de lectores demasiado cerca. Si le relacionaban con Martin Rice, uno de los reporteros que más atacó al barrio de hampones y a su fermento delictivo, estaba perdido.

Se tropezó con la mirada malévola de unos ojos azules y fríos, en medio de un rostro enjuto, afilado y sin color, bajo el sombrero de paja amarilla, con banda de colores chillones, haciendo juego con su corbata, tan coloreada como una ensalada de frutas.

El hombre estaba apoyado en el quicio de un cinematógrafo de sesión continua, iniciada a las diez de la mañana. Proyectaban un film titulado “La pecadora rubia”. Las fotografías expuestas, no eran precisamente un dechado de decencia.

—No temas, Rice —rio el hombrecillo, adivinando sus pensamientos—. No voy a decir a esos quién eres. ¿Me quieres dar fuego?

Martin asintió en silencio, con los labios apretados. El otro encendió su cigarrillo. Aspiró el humo con deleite. Luego, miró a su interlocutor con una mueca.

—¿Qué haces por aquí, Rice? —preguntó—. ¿Te gusta meterte en la boca del lobo?

—Es posible.

—No te aconsejo que sigas mucho por aquí. Los muchachos están irritados. Se quedarían muy satisfechos si pudieran linchar al cronista que les pone verdes en el “Clarion”.

—Con eso no devolverían la vida a Davy Hommer.

—Claro que no. Pero ellos se darían por satisfechos. No pidas inteligencia a los muchachos. Si la tuvieran, las cosas irían mejor

por aquí. Si Hommer hubiera sido inteligente antes de entrar en la prisión, hoy no estaría muerto.

—Tú eres “Mouse” Murphy, ¿no?

—Claro. No te hagas el distraído. Sabes perfectamente que soy tu viejo amigo “Ratón” Murphy. ¿A qué viene el hacerse de nuevas?

—Veo tantas caras como la tuya al cabo del año, que nunca estoy seguro. ¿Qué haces ahora?

—Trato de regenerarme, Rice.

—¿De veras? —Martin enarcó las cejas, con aire de duda.

—No te burles de mí —el hombrecillo agitó sus brazos airadamente. Su traje le venía demasiado ancho. Era de alpaca, en un estridente tono azul claro—. Ya no robo los camiones de frutas y pescados que van al mercado.

—¿Ahora te dedicas a otras cosas?

—Maldita sea, no sigas por ahí, Rice. ¿No crees en la regeneración de los hombres?

—A veces, sí. Pero no en la de los “Ratones” Murphy que hay por el mundo.

—Pues te juro que es cierto —fumó nerviosamente, echando humo por sus labios flacos y exangües—. Trabajo para “Sonny” Walker. Dinero honrado, Rice.

—¿Qué clase de pájaro es “Sonny” Walker?

—No es ningún pájaro. Ha sido un buen boxeador en su juventud. Ahora entrena a los chicos del barrio en un gimnasio que montó aquí, en Hamptonside. ¿Quieres conocerle?

—No tengo el menor interés por los boxeadores “sonados” ni los rateros que presumen de rehabilitados, “Ratón”.

—“Sonny” Walker entrenaba a Davy Hommer, Rice.

Esto, Murphy lo había dicho lentamente. Sorprendido, Rice giró la cabeza y miró con fijeza a “Ratón”, que sonreía con ironía. El periodista no habló, y el otro se decidió a concluir:

—Sabía que eso iba a interesarte, Rice. Conozco a los tipos como tú.

—Hommer ha muerto —le recordó Rice—. ¿Te olvidas de eso?

—Claro que no. Pero hay hombres que, aún muertos, son noticia. Hommer es de esos. Desde su tumba puede darte aún

muchos dólares a rebañar.

—“Ratón”, repite eso y te rompo tu fea nariz. Yo no rebaño dinero a costa de los muertos. Paz para ellos, es todo lo que se les puede dar.

—A pesar de todo, has venido por Davy Hommer. Si no, no estarías aquí.

—Atinas en algo. Pero no vengo a exprimir una triste historia. Quiero ver a su madre. Tengo algo que decirle.

—La verdad, no te imagino consolando a las madres llorosas —rio Murphy—. Además, si vienes a eso, pierdes el tiempo y malgastas tu enternecedora bondad. La señora Hommer no ha llorado aún a Davy. Ni acepta consuelos de nadie. Hoy, cuando él ha sido tostado en la Penitenciaría, ella lava como cada día, los grandes cestos de ropa del lavadero. Quiere olvidar que alguna vez tuvo un hijo, y que ese hijo se llamó Davy Hommer.

—Ya lo sé —Rice asintió—. Tal vez ahora cambie de idea. Por eso quiero verla.

“Ratón” miró con sus ojos torcidos e innobles al periodista. Rio entre dientes.

—Oye, ¿eso va de veras? ¿Eres ahora el hada madrina de la gente de Hamptonside?

—Soy un cuerno. ¿Me dices dónde está ese lavadero o quieres que te zarandee por el cuello antes de borrar esa sonrisa tuya a tortazos?

Murphy tragó saliva. Después de todo, Martin Rice era un tipo de un metro ochenta y siete de estatura, y sus músculos, bajo el traje veraniego, no revelaban precisamente blandura. El raterillo abrió mucho sus redondas pupilas y gruñó, señalando con el pulgar hacia atrás:

—Bueno, allá tú. Encontrarás a la vieja Dinah Hommer en el lavadero de Charlie. Pero no te hagas ilusiones. Ella no querrá ni escucharte. Imagínate que ni siquiera ha reclamado el cadáver de su hijo.

—No me cuentas nada nuevo. Pero te agradezco el informe, “Ratón”. Hasta otra vez.

Se alejó. Charlie era un chino bastante popular en el barrio. Tenía una lavandería en Hamptonside, poco más abajo de las

“boleras” y salas de juego, cuyos grandes anuncios se veían en la fachada de un edificio de ocho o diez pisos.

Martin cruzó la puerta amplia, encristalada, de la lavandería. Un oriental, pariente de Charlie, le atendió con solícita sonrisa.

—¿Desea algo, señor? —preguntó, con su cantarín acento.

—Sí. Busco a la señora Hommer.

—Oh, lo lamento, señor —el chino borró su sonrisa como por encanto—. La señora Hommer no quiere ser molestada. Usted puede marcharse y volver siempre que quiera a casa de Charlie. Pero no a preguntar por la señora Hommer.

—A pesar de todo, busco a la señora Hommer. Tengo que hablar con ella. Es urgente.

—No puede ser, señor. Usted tal vez no comprender imperfecto inglés de un humilde servidor, pero...

—Yo comprendo perfectamente el inglés del humilde servidor. Y hablo también en inglés. Quiero ver a Dinah Hommer, diga ella lo que diga, y hable usted lo que hable.

Antes de que el oriental pudiera evitarlo, Rice le pegó un empujón. Luego, cruzó una segunda puerta vidriera del fondo. El chino, a sus espaldas, gritó algo en su idioma natal, pero el periodista no le hizo el menor caso.

Un corpulento individuo de faz amarilla y oblicua, con la camisa remangada, soltó un gran cubo de madera repleto de ropas limpias, al oír la voz de Charlie, y se lanzó como una flecha hacia él, procedente de las pilas de lavar situadas al fondo.

Podía haber sido un peso pesado, de la categoría de Rocky Marciano o de Floyd Patterson, a juicio de Rice. Pero él tampoco era un peso “mosca” precisamente. Montó rápida guardia y esperó a pie firme, abriendo ligeramente sus piernas, que como dos musculosas columnas, se afianzaron en un suelo húmedo y jabonoso, con olor a colada.

Desde las pilas de agua espumosa donde lavaban, dos docenas de mujeres volvieron el alarmado rostro hacia la escena.

Martin Rice recibió el ataque del gigantesco chino. Dos enormes puños fueron a su encuentro. De haberle alcanzado cualquiera de ellos, el periodista hubiese volado en derechura a la calle, a pesar de la obstrucción de las dos puertas vidrieras.

Por el contrario, Rice puso en práctica su felina agilidad y rapidez de movimientos. Eludió el mazazo de la derecha del chino, y también logró que el zurdazo le tocara tan solo de refilón la sien, yendo a estrellarse ambos impactos en el vacío.

El error del oriental fue confiar en sus demoledoras fuerzas, y poner en los dos escalofriantes golpes todo el peso e ímpetu de su cuerpo. Este, excesivamente pesado, fue detrás de los golpes. Y el equilibrio falló, al no topar con el blanco esperado, por la vertiginosa finta de Rice.

La vidriera de separación entre la tienda o sala de recepción de la lavandería, y esta propiamente dicha, se hizo añicos al perforarla el corpachón enorme del chino, vencido por la inercia de su propio acto fallido.

Gritó el menudo pariente de Charlie, al ver llegar a su compatriota con aquel aire de proyectil incontenible, y el caos en el exterior fue inenarrable. Rice, con una dura sonrisa, avanzó a grandes zancadas hacia las piletas de lavar, sobre las que unas tuberías derramaban su chorro monótono e insistente de agua. Más de veinte rostros femeninos, ajados y tristes, le miraron bajo unas greñas desordenadas.

—¿Quién de ustedes es Dinah Hommer? —preguntó rápido, el reportero.

No esperaba respuesta, sino más bien una especie de muro silencioso y hostil. Se equivocó, porque una de las mujeres dijo sordamente, con voz fría y cortante como el filo de un cuchillo mellado:

—Yo. ¿Qué viene usted a buscar aquí, señor?

Rice se quedó mirando a la mujer. Vestía humilde, pobremente. Tenía las facciones hebreas que él recordaba en Davy, su hijo. Nariz semítica, ojos oscuros y profundos, rostro anguloso que las privaciones habían estirado más aún. Dinah Hommer podía tener cuarenta y cinco años. Pero representaba sesenta.

—Me llamo Rice. Tengo una carta para usted.

—¿Para... mí? —ella retrocedió, sorprendida, enjugando sus manos rugosas e irritadas, en el delantal mal zurcido—. No, usted miente, señor. ¿Quién iba a escribirme a mí?

—Su hijo.

El impacto era duro, seco, y Rice lo sabía. Aun la mujer más despiadada lo acusaría. Y Dinah Hommer no era una madre sin piedad sino una madre resentida con el hijo que no respondió a su fe en él, a sus esperanzas e ilusiones.

—Vuelve a mentir —dijo ella, vacilante, con labios temblorosos, con expresión crispada—. Mi... hijo no existe ya. Dejó de existir hace cuatro años...

—Es usted quien miente, señora. Se miente a sí misma. Ha dejado de existir hoy. Ayer escribió la carta que yo tengo. Pero no podía leerla hasta después de morir él. Era lo estipulado. Ya la he leído. Y usted va a leer un párrafo a usted destinado. Creo que es mejor eso que cuanto yo le diga. Después... haga lo que quiera.

Ella empezó a denegar, a rechazar el papel que Rice extrajo del bolsillo. Había llegado a encerrarse tanto en sí misma, en su dolorosa decepción y en su amargo resentimiento, que no quería ni siquiera admitir la posibilidad de que todo ello pudiera ceder ante el recuerdo del hijo muerto.

Tal vez por eso se refugiaba en el trabajo, en la apariencia normal e indiferente que ocultaba tanto daño moral en su alma...

Pero Rice ganó la leve escaramuza. Porque plantó ante los fatigados ojos de la mujer la carta doblada, justamente por donde él había calculado que sería más eficaz. Y ella pudo advertir las primeras palabras, con una simple ojeada: “Lo que quiero, es que visite a mi madre en nombre mío, y...”

Luego, Martin trató de apartar la carta. Pero ya la mujer extendía su mano trémula, aferraba la carta y decía simplemente una palabra:

—Démela... —miró a espaldas de Rice y añadió serenamente—: Gracias, Tao. Pero no vuelvas a meterte con este señor. Me trae noticias de... de Davy...

Su voz apenas si tenía fuerza para salir. El gigantesco chino, con los puños ensangrentados por su propia fuerza, al hender los vidrios, miró a Rice con resentimiento, pero nada dijo, aceptando la demanda de Dinah Hommer.

Ella leyó la carta íntegra. Mucho antes de terminar, estalló en llanto. Sus compañeras de trabajo la consolaron. Rice, con un suspiro, recuperó la carta. Durante unos momentos, en la lavandería solamente se percibió el sonido del llanto y del agua

cayendo en las grandes piletas. Todo parecía lo mismo: lágrimas por Davy Hommer...

Cuando Dinah Hommer alzó el rostro hacia el periodista, sonreía amargamente. Y con voz quebrada, declaró:

—Gracias, señor Rice. Usted no sabe el bien que me ha hecho. Un bien, a pesar de todo. Porque ahora podré llorar a mi hijo. Ahora sé que no fue un monstruo, un asesino execrable, como todos decían. No fue culpable. Si él lo dijo entonces... a las puertas de la muerte, es que así fue. ¿Usted qué cree, señor Rice?

Martin la miró. Pija, gravemente. Habló despacio:

—Cuando le he traído la carta, es porque creo en su inocencia. El padre Moran, el capellán católico de la penitenciaría, también cree, aunque se resista un poco a admitirlo en forma tajante, dado su cargo allí.

—¿Usted cree... cree que aún llegaré a tiempo de reclamar el cuerpo de mi hijo?

—Sí, señora. Siempre está a tiempo de eso. Usted es quien tiene todos los derechos.

Dinah Hommer comenzó a desatar su delantal con premura. Las demás parecían no creer en el brusco cambio operado en aquella mujer. Rice guardó la carta póstuma de un hombre que murió jurando su inocencia. Y que, después de muerto, comenzaba a convencer de ella incluso a quienes menos creyeron en él.

—Si para algo me necesita, señora Hommer, llámeme al “Clarion” —dijo Rice, iniciando la marcha hacia la salida—. Soy periodista, pero no hablaré de nada de esto en mi periódico. Puede tenerlo por seguro...

Esta vez, ni siquiera el pariente de Charlie o el gigantesco Tao, trataron de impedir su marcha en paz. Al parecer, los resultados de su visita eran muy distintos a lo que esperaran ellos en principio.

Cuando pisó la calle, bajo el sol ardiente, Martin respiró con fuerza. Miró en torno, a las casas miserables, a los garitos y clubs, a las tiendas y restaurantes, a las fondas y salas de baile. Se dijo a sí mismo:

—Aquí vivió ese hombre... ¿Qué puede salir de lugares como este, sino seres como Davy Hommer, resentidos contra la sociedad y aborreciéndose a sí mismos, por pertenecer a un mundo así?

Echó a andar. El paso inmediato era Sally Speed, la novia de Hommer.

Capítulo III

LA VIDA NO ES IGUAL PARA TODOS”

Era un bar estrecho, alargado, de mostrador paralelo a esa longitud de la sala, y frente al mismo, una hilera de pequeñas mesas arrimadas a la pared, y provistas todas ellas de dos sillas.

Se servían bebidas, hamburgueses, *hot-dogs*, un café de sospechoso aroma y todavía más sospechoso sabor, y tortas de maíz hechas a la vista del público. Su dueño era gordo, fofo, y se llamaba Parker.

Sally era la encargada de freír los hamburgueses, calentar los *hot-dogs*, y voltear sobre la sartén las doradas tortitas de maíz. Era una muchacha rubia, melancólica, esbelta y pulcra, desde sus cabellos, cuidadosamente peinados, hasta el uniforme azul, de cuello y puños blancos, de su empleo con Parker.

Terminó de leer la carta de Hommer, que Martin Rice le había tendido a través del mostrador, por encima de unas crujientes tortas de maíz y una taza de humeante café.

Se la devolvió despacio. En sus ojos pardos no había emoción alguna. Pero su labio inferior temblaba ligeramente. Limitóse a manifestar, mientras moldeaba nuevas tortas para futuros clientes:

—Gracias, señor Rice. Ha sido muy amable al buscarme y venir a verme. ¿Va a publicar algo sobre eso?

—No.

—No puedo creer que un periodista como usted haga tal cosa.

—Sin embargo, es la verdad. Yo tampoco puedo creer que usted no derrame una sola lágrima ante esta carta de Davy.

—Se agotó mi capacidad de llanto, señor Rice —dijo ella fríamente—. Tal vez sea por eso.

—¿Lloró su encarcelamiento, su juicio o su muerte?

—Todo ello un poco. Pero mi llanto viene de mucho antes.

—¿Cuando las raterías de Hommer en los mercados, en los almacenes y todo eso?

—Era una razón. Pero, a pesar de sus defectos y errores, yo le quería. Me sacrificaba, callando mis sentimientos ante su modo de vivir. Algunas veces le había dicho que eso no era vida. Que cualquier día le darían caza, e iría a presidio. Él decía que su madre había enfermado seriamente, y que solo se contaba con lo que él ganase para vivir. No tenía estudios, ni nadie le facilitaba un trabajo digno. Alguien le metió en el asunto de los robos en los mercados, almacenes y todo eso. Él aceptó.

—¿Quién pudo meterle en ello?

—Nadie sabe eso. Y el que lo sabe, no lo dice. La organización es fuerte, vengativa con el que habla...

—Ya. Una especie de “maffia” —Rice hizo un gesto sarcástico—. La Ley cae con todo su peso sobre gente como Davy Hommer, mientras organizaciones clandestinas, delictivas, culpables de robos, muertes y venganzas sangrientas viven en la impunidad.

—Las cosas están hechas así, señor Rice. Usted lo sabe.

—Sí, lo sé. Lo sabe todo el mundo. Eso es lo peor de todo. Davy era listo, ¿verdad?

—Muy listo. Nunca le cazaban. Una vez le arrestaron, tras el robo de una caja en el mercado. Se llevaron de ella mil quinientos dólares, pero Hommer no fue el autor. Le arrestaron a él, y Hommer aceptó la condena de lo que no hizo. Decía muy tranquilo, cuando fui a verle: “Yo no lo hice, Sally. Pero hice otras cosas, por las que pago ahora. Tal vez sea justo, después de todo.”

Rice miraba fijamente a la joven. A quemarropa, disparó su pregunta:

—Usted no ha ido a verle a la penitenciaría últimamente. ¿Por qué?

Ella vaciló, ostensiblemente afectada. Tras una pausa, dijo roncamente:

—Ya le dije que yo empecé a llorar por él mucho antes de todo esto. Incluso antes de ser un ratero de los mercados. Fue por una mujer.

—¿Una mujer?

—Sí. Davy siempre fue enamorado. Entonces, una pelirroja del barrio le gustó a él. No iba seriamente con ella, ¿comprende? Era de esos idilios que empiezan en una sala de baile y terminan en otro lugar cualquiera. Yo era “su novia”, decía él. Y las otras, eran algo distinto. Pero sufría igual. Lo de la pelirroja duró mucho. Terminó con ella, sin embargo, cuando yo me puse fuerte, y terminé con él. Davy terminó sus relaciones, a pesar del escándalo público que le dio la mujer aquella, y volvió a mí, pidiendo perdón y prometiendo cambiar.

—¿Lo hizo así?

—Durante mucho tiempo, sí. Luego las cosas se complicaron otra vez, cuando yo creía ya que no habría problemas de esos, cuando él me prometía cambiar de vida, irse a otro barrio de la ciudad, a luchar como fuese, pero honradamente. Creí que iba a hacerlo así cuando comenzó a salir del barrio por las tardes. Regresaba al atardecer, en el viejo coche que había alquilado. Decía que ganaba un buen sueldo en un almacén de frutos secos del centro de la ciudad. Pero creí notar algo falso en su voz, y una tarde, pedí permiso para cambiar mi día festivo, y le seguí.

—Era todo mentira, ¿no es así?

—Lo era, sí. Se dedicaba a jugar en unos garitos, y no sé si tenía suerte o era una especie de “gancho” para atraer clientes incautos. Lo cierto es que le pagaban un sueldo por jugar para la casa, y parte en los beneficios. Pero el trabajo no le ocupaba cinco horas como él decía, sino apenas un par. Pongamos tres horas como máximo. El resto del tiempo debía emplearlo en otra cosa. Le vigilé y lo descubrí.

—¿Una mujer?

—Sí, una mujer otra vez —se ensombreció el rostro bonito, levemente ajado y sin ilusiones—. Esta vez, era Anne Sanders, una jovencita de buena familia que iba a esperarle con su coche. Pasaban las tardes juntos, paseaban por lugares alejados de la ciudad hasta el anochecer...

—Eso lo recuerdo bien —suspiró Rice—. La chica engañaba también a su familia, fingiendo asistir a unas clases de tarde a las que rara vez acudía. Lo malo es que nunca sabremos lo que sucedió entre ellos. Los únicos que podían referirlo, han muerto. Arme Sanders fue la víctima. Hommer, el presunto asesino que la

estranguló, en su propio coche y en la carretera de la ciudad... Pero en el proceso, Davy declaró...

—Declaró haberse despedido para siempre de su mala vida, la tarde misma del crimen, abandonando el garito de juego. Anne Sanders le había buscado trabajo, al parecer. Pero jamás hemos sabido dónde ni en qué... Ni siquiera eso era cierto. Anne Sanders pudo haberlo hecho, ciertamente. Pudo haber sido simplemente una amiga, una compañera que le buscara trabajo. Pero las circunstancias que rodeaban a esa amistad no me permitieron creer tal cosa. Y mucho menos, conociendo a Davy. Rompí con él, aun antes de... de que la Policía fuera a su casa a arrestarle, acusado de asesinato.

—Sí. Todo eso lo conozco ya —Rice suspiró—. Era lo anterior lo que desconocía. Usted, Sally, ¿sigue creyendo que él era culpable?

—Lo creo, sí —afirmó ella. Señaló hacia la carta, pensativa—. Es posible que haya tratado de endulzarnos este momento, que solamente buscara dejar un recuerdo menos amargo tras de su muerte. Yo no puedo creer otra cosa.

—Tal vez sea usted quien tiene la razón —probó un sorbo del café, hizo un gesto de aversión y lo dejó entero. Picó de nuevo una torta de maíz, y luego bajó de su taburete, dejando una moneda sobre el mostrador—. Pero prefiero creer que soy yo. La vida no es igual para todos, Sally. Unos nacen y viven rodeados de todo aquello que les hace fácil su existencia, amable y sin complicaciones. Otros luchan noble y honradamente por abrirse camino. Un grupo de hombres y de mujeres, desheredados de todo, pelean a zarpazos. De esos era Davy Hommer. Sin embargo, no creo que llegase al crimen.

—Todos dicen que sí. ¿Va a ser usted distinto a los demás?

—Yo soy a mi modo, no como los demás quieren o pretenden que sea. Muchos que murieron han sido muy dudosos culpables. El que pagó con la vida el rapto del pequeño Lindbergh, Bárbara Graham y otros muchos... Yo no creí jamás en su auténtica culpabilidad, porque no estuvo suficientemente demostrada. Pero hay momentos en que hace falta un culpable para calmar a la opinión pública, para sostener a un fiscal de distrito en su cargo, o para ganar unas elecciones próximas. Entonces se amañan muchas cosas que no son. Y un responsable aparece, sea quien sea.

Sally le miró, asombrada.

—¿Está usted tratando de decir que nuestra Policía iba a sacrificar a un inocente, solo por fines políticos o publicitarios?

—Qué lista es usted —rio Martin, camino de la salida—. ¿Le ha costado mucho darse cuenta de ello?

Y sin añadir más, abrió la puerta. Tintineó una campanilla en su parte superior. Volvió a tintinear cuando Rice cerró tras de sí, y se perdió calle abajo, tras las vidrieras del café.

* * *

El gimnasio de “Sonny” Walker no estaba muy animado a aquellas horas. El propio “Sonny”, con su faz achatada, ancha y maciza, sus orejas de coliflor y su ralo cabello rojizo, cortado en forma de cepillo, se lo explicó a su visitante, mientras descargaba violentos puñetazos sobre un saco de entrenamiento:

—Los muchachos vienen por aquí al atardecer, en sus horas libres, o a media mañana, si son desocupados. Esto del gimnasio aparta a muchos del delito, amigo. Es buena cosa el ejercicio corporal. “Mens sana in corpore sano”. Lo leí en algún sitio una vez, y quiere decir que la mente es sana si el cuerpo lo es también.

—Admirable frase —comentó Martin muy serio—. Pero Davy Hommer venía a su gimnasio, ¿no? Y no le apartó del delito, al parecer.

—Oh, diablo. Usted me saca unos ejemplos... —rezongó de mala gana “Sonny”, dejando de hacer “punching”. Tenía ojos estrechos y poco inteligentes, muy pegados a su ancha, rota nariz—. Cierto que Davy venía por aquí, pero no habitualmente. Tenía fortaleza física, músculos, que con un buen trabajo hubieran llegado lejos. Pero en cambio, prefería holgazanear, dejarse llevar por gentuza, frecuentar amistades como la de Woolly y...

De repente pareció advertir que iba demasiado lejos en su charla. Se cortó en seco, mordiéndose el labio inferior. Una luz recelosa brilló en el fondo de sus pupilas nada despiertas.

—¿Quién es Woolly? —preguntó Rice secamente.

—Demonio, usted siempre pregunta —irritado, empezó a soltar de nuevo violentos directos contra el saco de entrenamiento—. No voy a decirle quién es cada uno del barrio, solo porque fueran

amigos de Davy, ¿no le parece?

—No le pregunté por todo el barrio. Solamente por Woolly.

—Es igual. No me gusta hablar de los demás. ¿Por qué no se va, amigo? Aquí, en Hamptonside, es malo hurgar en las cosas. Vale más dejarlo todo como está. Después de todo, Davy ha muerto. ¿No van a dejarle descansar nunca?



Es malo hurgar en las cosas. ¿Por qué no se va, Rice?

—Claro que sí. Él ya descansa. Pero soy yo quien no logra descansar, pensando que el tipo que apretó el cuello a Anne

Sanders todavía anda por ahí, gozando de la vida...

El impacto verbal de Rice era tan imprevisto, que "Sonny" no estuvo a la altura de su oficio. No supo "encajarlo" bien. Dejó de golpear, boqueó por dos veces, perplejo, con los ojillos muy dilatados, y luego farfulló, arrugando su fea cara:

—¿Qué ha dicho? ¿Quiere repetir eso, amigo?

—Gustosamente. No creo que Davy fuera culpable. Si no quiere hablarme de ese Woolly, no lo haga. Pero hágale de Hommer. ¿Qué clase de muchacho era?

—Taciturno, encerrado en sí mismo. Gustaba a las chicas, y a él no le disgustaban precisamente las faldas. Pero iba en serio con Sally Speed, la del café de Parker. Cuando estaba en el barrio a todas horas, y la gente decía de él que vivía de raterías en los mercados, lo cierto es que venía muy a menudo al gimnasio.

—¿Qué deporte practicaba?

—El boxeo. Le gustaba boxear, y tenía buena traza. Hubiera sido un buen peso medio. Pero a veces le daban dolores de cabeza muy fuertes, y eso le mantenía alejado ciertas temporadas del entrenamiento habitual.

—¿Dolores de cabeza ha dicho? —Rice le miró interesado—. No sabía eso...

—Oh, le ocurría de tarde en tarde, y le duraba unos días. Entonces aún se volvía más taciturno, más metido en sí mismo. Era un muchacho complicado, uno de esos que se les ha dado en llamar "rebeldes". Hubiera hecho cualquier cosa que significara un ataque a la sociedad, una bofetada a los demás.

—Sí. Y la sociedad le devolvió el golpe —comenté sombríamente Rice.

—El teniente Burton, de la Policía, le tenía siempre entre ojo. Decía que acabaría mal, y que el día que él pudiera echarle el guante sería definitivamente.

—¿Eso decía Burton? Pues él fue quien le detuvo, ¿no es así?

—Por supuesto. Le acompañaba otro policía del Departamento Central, pero Burton fue quien llevó todo, hasta tenerle esposado y en el coche policial.

—¿Sigue Burton en este barrio?

—Sí. Es un tipo duro como la roca. No me gusta... pero él es la

ley en Hamptonside.

—Burton, de Homicidios —Rice reflexionó ceñudo—. Sí, ya era muy duro en aquel Cuerpo, hasta que por sus especiales condiciones se le trasladó aquí. No me gustaría chocar con él.

—A nadie le gusta chocar con el teniente Jeffrey Burton —suspiró “Sonny” Walker, siguiendo imperturbable su “punching”—. Le deseo suerte, amigo.

—Gracias, “Sonny”. Aún quisiera algo más de usted.

—¿Qué es ello? Escúpalo y veré si puedo ayudarle.

—Creo que podrá... si quiere. Me gustaría hablar con unos amigos de Hommer. ¿Sabe dónde puedo encontrar a algunos?

—Sí... pero no le aconsejo que vaya allí.

—¿Por qué?

—Es mal sitio. Y la gente no es buena.

—No he venido en busca de un rincón celestial repleto de ángeles. Sé dónde me he metido.

—Pues aún no sabe dónde piensa meterse. Hamptonside tiene muchos sitios malos. Pero ninguno como el “Rock Club”.

—¿“Rock Club”? ¿Es un salón de baile?

—Los domingos y festivos, sí. Pero no se fíe demasiado de esa apariencia. Lo que menos se hace allí es ir a bailar. Aunque muchas chicas histéricas bailan el “rock’n roll” y los *teenagers* de ambos sexos rivalizan en ello, el “Rock Club” es un garito donde se juega, se bebe y se riñe, si es preciso con navajas.

—Vaya. ¿Y qué hace Burton con todo eso?

—La vista gorda. Dudley tiene dinero y prestigio en Hamptonside. No se enemista con él.

—¿Quién es Dudley?

—Harry Dudley, el dueño del “Rock Club”. Allí van todos los amigos y compadres de Hommer. Pero hace cuatro años que ya no le veían, como es natural. No creo que les guste que nadie vaya ahora a meter allí las narices, amigo. De modo que siga mi consejo y deje estos sitios. Si cree que Hommer era inocente, defiéndale desde su periódico, pero no complique las cosas.

—Tal vez haga eso mismo, “Sonny”. Gracias por el consejo...

Palmeó las anchas espaldas del boxeador, y salió del gimnasio, descendiendo la larga y estrecha escalera que conducía a la calle.

“Sonny” Walker se quedó contemplando al periodista hasta que desapareció. Luego volvió a golpear el saco de entrenamiento. Lo hizo con irritación, su feo rostro ensombrecido por un gesto preocupado.

* * *

Había mucho humo en el “Rock Club”. Tanto, que todo se veía a través de una densa neblina. Y casi era mejor así, pensó Martin Rice, después de pasar junto a las entrelazadas parejas que jadeaban por la pista, exhaustas por la epilepsia rítmica de una canción popularizada por el histerismo de Elvis Presley.

Al menos entre el humo parecía todo menos feo de lo que en realidad era. “Sonny” Walker había tenido razón. Aquello era un local para bailar. Pero muchos adolescentes se olvidaban de ello. Y a los empleados y dirigentes del garito, no parecía importarles demasiado.

Dejó atrás a los fanáticos del “rock” y de la sensualidad, para encontrarse en un bar o rincón provisto de mostrador. Unas chicas jóvenes y descocadas se dejaban abrazar por muchachos de chaquetas de cuero, camisas chillonas o “mambos” de faldones flotantes. Cuando Rice se detuvo junto a una solitaria *teenager* que fumaba un largo cigarrillo, ella cruzó ante él sus piernas descaradamente y le habló:

—Hola, chico. Si quieres pareja para bailar, estoy deseando brincar por la pista. Esa música me trastorna. Elvis es un tío estupendo, ¿eh?

Rice asintió. Palmeó con irónica cordialidad su rodilla y siguió adelante. Había visto un rótulo luminoso, que indicaba, sobre una flecha de bombillas rojas: “Entrada al salón interior. Reservada la admisión.”

Unos seis escalones descendentes conducían a esa puerta. Rice avanzó, los bajó con lentitud, y se detuvo ante una puerta. Probó a abrirla en vano. Estaba cerrada. Golpeó con los nudillos. Arriba, el “rock” había terminado, pero la orquestina inició frenéticamente otro.

Martin Rice vio abrirse una mirilla. Unos ojos le estudiaron con calma. Una voz le preguntó:

—¿Qué busca?

—Divertirme. Me dijeron que en este salón hay diversiones.

—¿Quién se lo dijo?

—Eso no le importa. ¿Va a dejarme pasar o no?

—Lo siento. Esto es solo para clientes. Pero si me presenta la garantía de un cliente, podrá entrar. En otro caso...

—Está bien, Reggie. Deja pasar al señor Rice. Es amigo mío y eso basta.

La voz tutelar había surgido a espaldas de Martin, casi a su lado. El periodista se volvió con vivacidad, encontrándose con el hombre que hablara. Era de baja estatura, pero corpulento, de labios gruesos, que masticaban un cigarro y sonreían a la vez. Los ojos se enmascaraban tras el cristal recio, color caramelo, de unas gafas de montura de carey. El tipo vestía bien, pero con hechuras vulgares.

—Gracias por el fiador —sonrió Martin, estudiando a su interlocutor con aire crítico, mientras la mirilla se cerraba y alguien hacía correr un pestillo al otro lado de la puerta privada—. ¿A quién debo este favor tan señalado?

—Mi nombre es Harry Dudley —informó el otro, inclinando la cabeza con una ligera sonrisa. Entre la luminosidad brumosa del local, Rice apreció el color acerado de sus cabellos, lisos y bien peinados—. ¿Se encuentra a gusto en mi casa?

—Aún es pronto para contestar a eso. ¿Cómo supo que me llamo Rice?

—Oh, esas cosas se saben enseguida —el hombre agitó una mano gordezuela y velluda, con aire indiferente—. Hamptonside es como una pequeña comunidad donde todos nos conocemos. Alguien me dijo que tenía un cliente de la ciudad, un periodista... Otro me dio su nombre...

—Y otro le dijo a lo que he venido, ¿no? —completó Martin, sarcástico.

—Es posible —Dudley sonrió a flor de labio—. Pero lo olvidé. Lo que deseo es que se halle a gusto en mi humilde negocio. ¿Quiere entrar, por favor?

Rice miró hacia el interior. Vio una sala repleta de máquinas tragaperras, ruleta, póker y toda clase de juegos prohibidos. Había *croupiers* enjutos y descoloridos, mujeres sin demasiado empeño en

ocultar sus espaldas o su escote, y hombres sumidos, febriles, se inclinaban sobre los tableros de juego fascinados por el poderoso influjo del azar y del vicio.

Lentamente, meneó la cabeza de un lado a otro, y comenzó a girar sobre sus talones.

—No, gracias —dijo—. Ya he visto bastante.

—¿Eh? —Dudley pareció extrañado—. Creí que le gustaba el juego...

—Me gusta jugar al *bridge* y a la canasta, como un burgués cualquiera —rio Martin—. A los prohibidos, no. Es... falta de práctica. En este Estado, creí que el juego estaba suprimido.

—Vamos, Rice, usted es mayorcito para dejarse engañar por cuentos chinos. En todas partes está prohibido jugar. Y se juega. Aquí no somos una excepción. ¿O va a publicarlo en su periódico?

—Según la Ley, en este país solamente se puede publicar aquello que puede demostrarse posteriormente, o uno pasa a ser el procesado, por calumnia y falsa acusación. ¿Cree que soy tan ingenuo como para suponer que cuando la Policía llegase aquí iba a encontrar ese garito?

—Elemental, ¿verdad? —rio Harry Dudley cínicamente, derramando con un golpe de su índice la ceniza del grueso habano—. Le queda otro recurso: la Policía.

—El más próximo será el teniente Burton —bostezó Rice—. No creo que se diera mucha prisa en venir. Por lo menos, a usted le sobraría tiempo de cambiar la escenografía.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Nada. Usted es mayorcito para no necesitar intérpretes en mis charadas —Rice le sonrió, burlón, y pasó junto a él, encaminándose de nuevo al salón de baile.

Dudley vaciló un momento. Apenas fue un par de segundos, antes de que apresurase el paso, tras de Martin, exclamando:

—¡Un momento aún, señor Rice!

—¿Qué ocurre ahora? —el periodista se volvió. Clavó sus ojos en Dudley, de una manera fría.

—Quería advertirle una cosa. He oído decir que anda preguntando sobre Davy Hommer.

—¿Y qué?

—Hommer era un cliente mío. De eso hace ya unos años, naturalmente. No hubiera podido seguirlo siendo, a pesar de sus deseos. Además de cliente, fue un amigo. Pero luego tuvimos unas palabras. Rondaba a mi novia y tuve que cantárselas claras.

—¿Su novia? —Rice enarcó las cejas, subrayando la palabra—. ¿Quién es ella?

—Una chica muy decente, Rice. Sin retintín, ¿eh? Se llama Helen. Y es muy decente, se lo repito...

—No lo dudo. Siendo su novia sería injusto creer otra cosa. ¿Se enemistaron a causa de eso?

—Sí. A Hommer le gustaban demasiado las chicas. Sobre todo, las ajenas.

—Ya. ¿No hubo ninguna otra cosa?

—Claro que no. ¿Qué supone?

—Nada. Todavía veo muy oscuro en todo esto.

—Mire, Rice, no pierda su tiempo tontamente, ni arriesgue su vida. Davy Hommer era culpable, mató a aquella chica, quizá porque ella no se sometió a su voluntad, y...

—Si era culpable... ¿por qué ha dicho ahora mismo que arriesgo mi vida? —le atajó fríamente Martin, sin mover un solo músculo de su faz.

Dudley se mordió el labio inferior, acaso lamentando aquel desliz verbal. Luego inició un falso gesto de indiferencia.

—Oh, supongo que aún hay muchos amigos de Hommer por aquí que no olvidan sus artículos demoledores contra Davy. Pueden atacarle si le reconocen...

—Usted no se refería a eso. Parecía como si pudiera darse el caso de que hubiese alguien a quien no le gustara que yo hiciese preguntas. Alguien que no tuviera mucho interés en que yo ahondara más en el caso Hommer.

—¿Cree que no tengo interés en ello, por mi enemistad con el ejecutado?

—No le he señalado a usted. Solamente he hablado de... alguien. Pero no se inquiete, Dudley.

—¿Por qué había de inquietarme? Es usted quien debe tener cuidado.

—Y usted también —Rice sonrió como lo haría un lobo—. Voy a

marcharme de Hamptonside. Pero es posible que vuelva pronto. Entonces será para algo más que para hacer preguntas aquí y allá. Será para conocer la verdad.

—¿Qué verdad? —le desafió Harry Dudley, con voz chirriante.

—La de la muerte de Anne Sanders, por la que ha muerto en la silla eléctrica un hombre inocente...

Inclinó la cabeza ligeramente y se alejó. El humo lo engulló. Poco después, no quedaban más que los frenéticos danzarines de “rock”, entre la neblina acre de la sala.

Dudley aplastó, rabioso, su cigarro en la pared. Luego se dirigió al mostrador a grandes zancadas, apartó de un empujón a un camarero, y se inclinó sobre un receptor telefónico, alzando el auricular de la horquilla con mano férrea.

Comenzó a marcar un número, con expresión dura, virulenta.

Capítulo IV

“LA PRENSA ES LA VERDAD”

Rice tendió un billete de cinco dólares al empleado del garaje.

Se había hecho de noche, y Hamptonside no era lugar recomendable a esas horas. El mecánico miró el billete y comentó:

—No voy a tener cambio para devolverle, señor. Espere un momento y...

—No es preciso —cortó Martin—. Puede quedárselo.

—Es que le sobran tres dólares, señor...

—No importa —apoyó una mano en su coche rojo, y frunció pensativamente el ceño—. ¿Usted se llama Kirby, amigo?

—Cierto, señor. ¿Cómo lo sabe? —se sorprendió el otro.

—Es fácil —Rice sonrió—. He recordado el caso Hommer. Un mecánico llamado Kirby, del Garaje McIntire, fue quien vio las abolladuras de un viejo “Ford” pasado de moda, un coche de lance que utilizaba siempre para ir a la ciudad Davy Hommer, ¿no es cierto?

—Pues... sí, señor —hubo una nota de orgullo en la voz del muchacho—. ¿Es posible que aún lo recuerde? Hace ya cuatro años. Entonces tenía solamente dieciséis.

—La edad no importa, hijo. Lo realmente importante es que usted identificó las abolladuras de aquel viejo cacharro como las producidas por un turismo en la carretera general, durante la hora aproximada en que se cometió el crimen del “De Soto”, parado en la milla 11.

—No había error posible, señor. La pintura del viejo “Ford” de Hommer estaba rascada por el golpe. Además, tenía adheridos residuos de otra pintura color azul. El turismo que chocó con el coche fugitivo, y que era el mismo que se encontró con el cadáver

de la chica en el “De Soto”, era también azul. Eso me hizo atar cabos. Recordé que Hommer salía siempre por la tarde en su coche, y volvía con él a primera hora de la noche. Todo fue fácil.

—Esas historias de viejos sucesos me apasionan —Rice se fingió interesado con la superficialidad propia del curioso habitual—. ¿Aquel día también ese Hommer se fue en su coche, como siempre?

—Claro. Debíó de irse, lógicamente, cuando el coche estaba polvoriento, todavía con el motor caliente, cuando yo entré a suplir a Colter a mi hora. Y el propio Colter me dijo, al marcharse: “Kirby, limpia el cacharro de Hommer. Lo ha traído hecho una lástima. Cualquiera diría que lo bañó en polvo”. Bueno, dijo algo así. Usted comprenderá que a los cuatro años, uno no recuerda exactamente las palabras. Pero eso quiso decirme. Yo fui a limpiarlo en cuanto terminé otras cosas más urgentes. Hommer pagaba poco, pero pagaba. Y entonces había menos tránsito que ahora por aquí. No convenía perder un cliente. Y al iniciar la limpieza, vi el cacharrazo, en su parte delantera, a la izquierda.

—De modo que usted no vio ir ni volver en su “Ford” a Davy Hommer.

—No, señor. Yo jamás declararé tampoco que le viera. Colter sí. Estaba cuando Davy retiró el coche, y cuando volvió con él. Por cierto que durante el juicio, recuerdo muy bien las protestas furibundas del infortunado Davy, alegando que él no tocó aquella tarde el coche para nada, que fue sin él, a pesar de que no supo dar la razón exacta por la que prescindiera del coche, según tal versión. Entonces el fiscal me llamó a mí; y me preguntó si cada día sacaba el coche. Le dije que sí, excepto los domingos. El señor Nelson, el abogado de Hommer, se puso hecho un basilisco, y mi respuesta y la pregunta correspondiente se borraron. Pero ahí quedaban, a criterio del jurado. Es lo que ocurre siempre. Las cosas que no se hacen constar en el proceso no por ello dejan de grabarse en la mente de los jurados, ¿no cree?

—Sí, hijo. Tiene mucha razón... —Rice se encogió de hombros—. Bueno, después de todo, eso pasó hace mucho tiempo, aunque a Hommer le ajusticiaran esta mañana. Llevaba ya varios años virtualmente muerto... Supongo que Colter andará aún por aquí.

—Oh, no, no. Se marchó poco después de todo aquello. Estaba molesto con la publicidad sobre el caso Hommer, y desapareció. No

sé por dónde estará ahora.

—Tal vez sea el fotógrafo que vi el otro día en River City. Un tal John Colter.

—No, no —rio el mecánico—. Colter no supo nunca nada de fotografía. Y se llama Andrew de nombre.

—Bueno, de todos modos, allá él —Rice penetró en el asiento de su coche. Introdujo la llave del encendido, y puso el motor en marcha—. Adiós, Kirby. Algún día volveré por aquí. Espero que para entonces recuerde algo nuevo sobre el caso Hommer...

—No será fácil. Hasta yo mismo lo he olvidado, señor. ¡Buenas noches y muchas gracias!

Se despidió. Rice arrancó por la rampa en declive hacia la calle, y salió, virando a la derecha. Alejóse de Hamptonside y sus aledaños, hacia el centro urbano de la población. Los faros del coche arrancaban las fugaces sombras acumuladas a lo largo de una ancha vía de asfalto bordeada de árboles, cercas semiderruidas y matorrales entre cascotes y basuras.

De súbito, el periodista frenó su vehículo, inclinándose hacia adelante. Había un coche cruzado en la carretera, y un hombre inerte en tierra. La portezuela, abierta de par en par, parecía haberlo despedido al suelo. Una mancha oscura, junto a la cabeza del caído, hacía presagiar lo peor.

El reportero miró al interior del coche. Este era un “Nash” de cuatro plazas, color verde oscuro. Sobre el volante, encogido e inmóvil, había otro personaje. Este era una mujer de cabello intensamente rubio.

No vaciló más. Saltó de su automóvil, y corrió al lugar del suceso. No veía el motivo que pudo existir para aquello, pero lo cierto es que algo anormal sucedía.

Se inclinó, en primer lugar, sobre el hombre caído. Respiró con alivio, al descubrir que la supuesta mancha de sangre, no era sino un gran cerco aceitoso, y que el hombre que yacía ante él estaba simplemente inconsciente, pero no muerto ni herido.

Entonces resolvió correr en ayuda de la dama caída sobre el volante, cuyo estado fuese tal vez más delicado y de urgente atención. Se introdujo en el asiento, y se esforzó por mover el cuerpo con grandes dificultades, porque la rubia caía a plomo en cuanto trataba de accionarla en una u otra forma.

Iba vestida con un traje de satén amarillo, muy ceñido a su cuerpo. Sin duda había tomado baños de sol en las costas, o en algún solárium natural o artificial, porque vio su tez bronceada, con la suficiente generosidad para suponer que cuando se sometía a la acción de los rayos ultravioleta, no llevaba gran cosa encima.

Todavía se encontraba con la inerte rubia entre sus brazos, luchando por moverla en uno u otro sentido, cuando algo le avisó del peligro, y volvióse, recelando la presencia de alguien a sus espaldas.

Era tarde. El hombre de la carretera se estaba incorporando, tan ágil y lleno de vida como si nada le hubiese sucedido. Además, otros dos hombres se abalanzaban sobre él, procedentes del lado opuesto del coche, que sin duda habían rodeado sigilosamente, para salirle a la espalda.

Trató de arrojar a un lado a la mujer, para enfrentarse a ellos, saliendo del encierro del coche. También demasiado tarde, advirtió que la rubia de la tez bronceada distaba mucho de estar realmente inconsciente, y de súbito le rodeaba con sus brazos, haciendo uso de una fuerza imprevista, para dificultar su defensa.

Rice la golpeó sin contemplaciones, apartándola tras un duro forcejeo, y dejándola caer contra el asiento del “Nash”. Pero ya había dado tiempo suficiente a los dos atacantes para llegar hasta él.

Rice hincó el puño al primero en la nariz, cuando descubrió que el hombre enarbolaba una llave inglesa, con intenciones que no resultaban por cierto amistosas. Le vio caer hacia atrás aparatosamente, con un chorro de sangre fluyendo de su roja nariz.

El segundo cayó sobre él con la fuerza de una catapulta. Y tampoco llevaba las manos vacías. Una hoja de acero centelleó, herida por los faros del coche de Rice, violentamente. Se alzó sobre él, con un relampagueo siniestro.

El periodista giró sobre sí mismo, de costado, y cayó junto al estribo del coche. La navaja se hincó, sibilante, en el tapizado, que hendió, rasgándolo como si fuera la epidermis de un ser humano. Rice levantó sus dos rodillas sin la menor contemplación, y el cobarde agresor salió disparado, como por un resorte, cuando el tremendo rodillazo se estampó en su mentón, haciéndole crujir.

Tambaleóse sobre la carretera, para terminar cayendo de

bruces. Escupió sangre a tierra, y Rice estaba seguro de que también algún diente.

Pero eran demasiado enemigos para él solo, a pesar de su vigor y resistencia. Martin Rice trató ahora de encararse con el supuesto herido de la carretera, que estaba ante él. Este no aguardó al peligroso cuerpo a cuerpo con el reportero, sino que alzó la mano, armada de algo, y lo disparó contra Martin.

El joven trató de eludirlo. Fracasó, porque el objeto era voluminoso, contundente. Sintió el impacto de aquel cuerpo metálico y duro en su frente. Todo se nubló alrededor suyo, y los pies parecieron perder contacto con la tierra. Flotó, como bailando unos momentos en el vacío, y luego, el suelo se vino contra su rostro, y le inundó de asfalto duro y gris.

Antes de sumirse en la total inconsciencia, solamente percibió unas palabras, muy pocas, dichas por alguno de sus atacantes:

—¡Ya es nuestro! ¡Woolly, ha caído...!

Y nada más. Como dijera aquel tipo, fuese quien fuese, había caído...

* * *

Era como despertar de una borrachera.

Martin Rice no era un beodo, pero había cogido algunas en su vida, y sabía cómo se siente uno al despertar del sopor alcohólico. Aquello era infernalmente horrible.

Tenía la boca seca, la cabeza le dolía de una forma insoportable, y todo el cuerpo estaba como después de recibir una tremenda paliza. Además, olía a whisky. Muy fuertemente por cierto.

Se incorporó. Era noche cerrada, el aire olía a algo fétido, por encima del aroma del alcohol, y alguien parecía silbar una canción absurda en la distancia.

Logró sentarse en tierra. Contempló el cielo, negro y estrellado, sobre su cabeza. No sabía si hacía calor o lo tenía él. Pero lo cierto es que estaba empapado de sudor, de pies a cabeza.

¿O no era sudor? Olfateó sus ropas, sus manos. Aquello sí que apestaba a whisky. Había sudado, ciertamente. Pero no podía sudar whisky, ni siquiera el más borracho del mundo.

Rice se sorprendió al pasar una mano por su rostro, y retirarla

cubierta de sangre. La sensación de un vivo dolor le asaltó, con alfilerazos sutiles. Parecía tener los pómulos hinchados. La nariz, la frente, el mentón, todo le dolía. Y también el costado, las piernas...

El otro olor llegó más claro a él. Era algo que, sin querer, le recordaba los viejos trenes a vapor. ¿Por qué?

Logró identificarlo. Era carbonilla. Un olor acre a carbón. Y aquel silbato en la distancia... No era ninguna canción, sino una locomotora de vapor. Empezó a identificar el lugar en que se hallaba. Un solitario apartadero de ferrocarriles de transporte y mercancías de ínfima categoría, en un arrabal de Hamptonside.

Quiso incorporarse y no pudo. A medida que su lucha crecía, también lo hacía aquel endiablado dolor de todo su cuerpo. Finalmente, con grandes esfuerzos, se puso de rodillas, caminó agazapado.

Una forma familiar apareció ante él. Era un rojo coche deportivo. O lo que quedaba de él.

Parecía como si alguien se hubiera ensañado salvajemente con el vehículo. Tenía todos los vidrios destrozados, el metal rascado, los guardabarros abollados, la matrícula arrancada y partida en dos, los neumáticos deshinchados con brutales punzadas. No necesitó siquiera asomarse al interior para apreciar, a través de las destrozadas ventanillas, la concienzuda forma en que habían sacado las tripas al tapizado de los asientos.

Gimió roncamente, apoyándose en la infortunada carrocería del coche. El espejo retrovisor quedaba ante él, como burlándose de sus esfuerzos. La claridad de las estrellas no era mucha, pero habituado a ella, logró verse el rostro.

La obra había sido tan completa como la llevada a cabo con el coche. Ahora comprendía la razón de sus dolores. Aquella pandilla de cobardes se ensañó bien con él, después de reducirle.

Le habían machacado virtualmente el rostro. Tenía amoratados los párpados, los pómulos cortados e hinchados, de un fuerte tono violáceo, la boca también hinchada, y profundos cardenales y huellas de golpes por doquier. Un corte profundo en la frente, acusaba los efectos del primer golpe sufrido.

Lo demás era ya fácil imaginarlo, a la vista del monstruoso resultado de las “caricias” sobre su faz. Debieron patearle las piernas, el pecho y el costado, de ahí su lacerante dolor general.

Luego le condujeron hasta aquel apartadero ferroviario de mercancías agrícolas y cosas por el estilo, destrozaron su coche, como última hazaña, y le dejaron abandonado sobre un suelo ennegrecido por el hollín de los trenes de vapor utilizados en aquellas vías secundarias.

En la distancia brillaban las luces amarillentas de un apeadero. Al lado opuesto, la negrura de la campiña. Le costaría mucho tiempo volver a la ciudad, sin coche y con aquel aspecto. Pero volvería.

Apretó los labios con firmeza, dejó caer los brazos a lo largo de su maltrecho cuerpo, y echó a andar, tomando como rumbo las luces del apeadero férreo. No tenía prisa. Lo importante era llegar a alguna parte.

Entonces tendría tiempo de otras muchas cosas.

* * *

Milburn Craig meneó la cabeza de un lado a otro, cuando hubo terminado de leer la crónica. Tiró las cuartillas sobre la mesa, suspiró con fatiga y declaró:

—No, Rice. Lo siento, pero no puedo publicar eso. Usted, sin duda, ha debido de volverse loco para una cosa así. Siempre ha sido un escritor ponderado, un periodista sereno. ¿Cómo se le ha ocurrido tal idea?

Martin Rice contempló a su jefe desde su asiento, dominando la cólera que le empezaba a invadir. Señaló su rostro cubierto de esparadrapos, huellas violáceas y cortes enrojecidos por el mercurcromo.

—*Esto*, no se me ha ocurrido a mí, señor —replicó fríamente, sin apartar los ojos del redactor-jefe del “Daily Clarion”—. ¿Por qué no les pregunta eso a sus autores?

—Mire, Rice, un periodista ha de arrostrar muchos riesgos en su vida profesional, porque servir a la Prensa, es servir a la verdad y esta siempre tiene enemigos. Pero en este caso; lamentable por supuesto, me parece que se deja llevar por una pasión irreflexiva al enjuiciarlo.

—¿Sugiere que silencie todo esto?

—No sugiero tal cosa, Rice. Lo que pretendo es hacerle ver el

error de su crónica. ¿Imagina lo que sucedería si el “Clarion” publicase mañana un titular en primera plana afirmando que el ajusticiado Davy Hommer era inocente? Incluso fuera de nuestras fronteras la convulsión sería tremenda. Estos casos, que trascienden al mundo, hay que tratarlos con sumo tacto, evitar fatales tropiezos, Rice.

—Usted ha dicho antes que la Prensa es la verdad. Demuestre que cree y practica su propio credo. Publique eso. Si Hommer era inocente, es una infamia, una monstruosidad incalificable, que nosotros lo ocultemos al público.

—Estamos de acuerdo en eso. Pero es que Hommer no era inocente, Rice. No se convierta ahora en apasionado apóstol de su caso. Los que le atracaron eran sin duda antiguos camaradas de él, compinches suyos con toda seguridad. Le reconocieron y quisieron vengar en usted al compañero ejecutado. Eso es todo. ¿Constituye eso una razón para lanzar a los cuatro vientos una afirmación gratuita, que nos echaría encima a la Policía, a la Justicia, a los demás periódicos, e incluso a los políticos y altos cargos de Washington y de la capital de nuestro Estado?

—Todo eso no me importa. Es la verdad la que cuenta, señor Craig.

—A mí sí me importa, y mucho. No quiero perder mi título de periodista por una estupidez, o ir a parar a una celda por difamación contra el Estado en que vivo. De modo que olvide eso, Rice. Cuando las lea de nuevo, dentro de algún tiempo, se asombrará usted mismo de haber puesto tales cosas.

Rice no respondió. Tomó las cuartillas, las dobló, sepultándolas en su bolsillo. Luego, se puso lentamente en pie, bajo la mirada fría y serena de su jefe. Milburn Craig comenzó a sonreír, más tranquilo.

—Veo que empieza a darse cuenta de lo que iba a hacer —declaró, risueño. Le tendió la mano sobre la mesa—. Olvide el asunto Hommer. Ya no es noticia, Rice. Ese muchacho era culpable de pies a cabeza, de modo que asunto concluido. Denuncie a la Policía lo del atentado en Hamptonside, el destrozo de su coche y todo eso, y siga con su tarea. Por cierto, hay un caso interesante en Colorado, y quisiera que tomase mañana el avión para que...

Martin Rice habló con una voz que parecía cortar el aire, sin

mover un músculo de su endurecido rostro:

—Señor Craig, tome nota de una baja en su periódico. La de Martin Rice, reportero.

—¿Eh? —el redactor-jefe del “Clarion” parpadeó, asombrado—. ¿Qué dice?

—Ya me ha oído. Yo sé que no fui atacado por amigos que quisieran vengar a Hommer, sino por personas interesadas en que yo no siga adelante lo que inicié ayer en Hamptonside. Para mí, la verdad solamente tiene un camino, y no entiendo de politiquerías, prejuicios y temores abyectos. Ese camino es el que seguiré, cueste lo que cueste.

—Pero Rice, no sea loco. No puede marcharse por eso. Es un periodista joven, de gran porvenir, y no debe...

—Le repito, señor Craig, que me he despedido. He terminado en su periódico.

—¡Por fuerza se ha tenido que volver loco! —aulló Milburn Craig, dando un puñetazo violento sobre la mesa—. ¡No irá a ninguna parte así! ¡Si espera que otro periódico le admita esa crónica, está en un error! ¡Ningún editor del Estado será lo bastante necio como para correr un riesgo así! ¡Se encontrará sin empleo, en la calle... y por una tontería!

—La inocencia de un hombre, aunque esté muerto, no es una tontería. La verdad está, por encima de todo, ya se lo dije. Y no pretendo buscar empleo en otro periódico.

—Entonces... ¿qué es lo que va a hacer, Rice?

—Buscar. Buscar pruebas, indicios, rastros, testigos. Demostrar a este Estado, al país, al mundo entero si es preciso, que Davy Hommer no era culpable. Que se ejecutó a un inocente. Entonces, no uno, sino mil periódicos publicarán mi verdad, señor Craig. Buenos días.

—¡Rice, aún está a tiempo de arrepentirse, de volver a su juicio y...!

—Era mi última palabra, señor Craig. Me marchó, y no lo lamento en absoluto.

Milburn Craig, sin dar crédito a sus ojos ni a sus oídos, vio cómo Martin Rice salía del despacho, percibió el golpe de la puerta exterior, seco y decisivo, como las palabras mismas de Rice.

Aturdido, ni siquiera fue capaz de moverse de su silla.

Capítulo V

“NO SIGA ADELANTE. ES PELIGROSO...”

Cerró el último legajo. Se pasó una mano por la frente humedecida, y luego encendió el enésimo cigarrillo. Lo fumó nerviosamente, con el rostro ensombrecido, con las cejas fruncidas en un intenso gesto de preocupación, de ávida reflexión y ensimismamiento.

Todo el caso Hommer, apolillado por los años, pero latente por lo inmediato de su trágico epílogo en la cámara de ejecuciones del presidio, había desfilado ante él, como una vieja reproducción cinematográfica de celuloide ligeramente rancio, y de rudimentaria técnica en imágenes.

La detención de Davy Hommer en su casa de Hamptonside. La conducción del detenido al Departamento Central, por el teniente de Policía Jeff Burton, el duro encargado de la Ley en el distrito suburbano de la ciudad.

Luego, los interrogatorios, confusos y sospechosos. No era difícil suponer que, además de los reflectores y los métodos popularizados por el “cine” de Hollywood, habían mediado golpes, palizas, formas policiacas no confesadas ni admitidas en los atestados, a pesar de cuanto hubiera podido alegar Nelson, el abogado de Hommer.

Finalmente estaban allí las declaraciones de los testigos, tomadas taquigráficamente por los reporteros del “Black News”. Entonces era taquígrafo del rotativo Marlin Woodrow. No se podía dudar de su eficacia y dominio del oficio. Allí estaba transcrita la declaración acusatoria de la mujerzuela de los bajos fondos que confesara ver a Davy Hommer en el estribo del “De Soto” de Anne Sanders, sobre la hora del crimen, y que añadió haber creído ver a la muchacha caída sobre el volante, inconsciente o cosa parecida. La mujer se llamaba Marion Downs y aparecía una fotografía suya

allí. Era rubia, ajada y provocativa, lo que se pedía esperar de una mujer de su clase.

Identificó a Davy como el hombre del coche, sin la menor duda. Su identificación, tras haber aseverado el teniente Burton y otros funcionarios de la Policía que la mujer jamás vio antes de ahora al acusado, hizo mucho efecto en el jurado.

Posteriormente había aparecido Connie Jeffries, una muchacha de dieciocho años, residente en la carretera general, y que declaró haber visto el choque del viejo “Ford” de Hommer con un turismo azul, a escasa distancia del lugar del crimen, en la tarde de autos. Era una muchacha sin contacto con el ambiente suburbano de Hommer. En el acto identificó a Hommer como el conductor del “Ford”, porque las luces, del parador y surtidor de gasolina que ella y su padre poseían al borde de la ruta le permitieron ver claramente su rostro tras el choque, así como su rápida acción para alejarse, por entre los árboles del bosque inmediato, lo cual explicaba la gran cantidad de polvo con que llegó al garaje de Hamptonside posteriormente.

El teniente Burton presentó ante el jurado el historial de Hommer, con sus raterías, robos y delitos de menor cuantía, su providencial escapatoria a un reformatorio como condena, cuando solamente contaba dieciséis años, y todo el fango que pudo echar sobre el muchacho.

El veredicto final, pese a la apasionada defensa que de él hizo Todd Nelson, abogado brillante y que además conocía a fondo Hamptonside, por haber residido allí en su adolescencia, fue de culpabilidad en un asesinato en primer grado, con posibles derivaciones sexuales. Hommer fue condenado a muerte.

Todo eso había terminado ya, en el momento mismo en que el verdugo bajó la palanca de la corriente eléctrica.

Pero no para Martin Rice. Para él, era como si todo estuviera empezando. Una carta había abierto el camino. Siguieron las revelaciones de gentes que conocieron, que trataron a Davy Hommer. Y ahora, estaba el atentado sufrido en Hamptonside la noche anterior, la tremenda paliza que le dieran, para disuadirle de su empeño.

Se incorporó, fatigado. Eran casi tres meses de periódicos archivados los que pasaron ante sus ojos en cinco largas horas de

intensa lectura. Abandonó el local del “Black News”. Su amigo Forges salió de la Redacción al verle por el ventanal de su despacho.

—¿Ya encontraste lo que querías, Rice? —preguntó.

—No esperaba encontrar nada especial. Pero me convenía revisar viejas cosas. Y eso ya está hecho. ¿Sabes dónde podría encontrar ahora a Todd Nelson?

—¿El abogado de Davy Hommer?

—Sí.

—Tiene su despacho en Washington Street, pero creo que vive en Jefferson Park. A estas horas será más fácil que le encuentres allí, ¿no te parece?

—Sí, eso creo.

—Oye, Rice, ¿de veras crees que en todo eso hay tema para un artículo?

—No lo entiendes, Forges. No busco artículos. Ya no pertenezco al “Clarion”.

—¿Eh? ¿Pero qué mil diablos estás diciendo?

—Ando detrás de algo que vale más que un cochambroso artículo periodístico. El nombre de un ser humano, la fe en la auténtica Justicia y en la dignidad de los que no merecen ser pisoteados. Vale la pena luchar por ello, Forges.

—¿Quieres decir que por eso has dejado tu periódico... o te han echado?

—No hay mucha diferencia en ello. Me he despedido yo, pero, de no hacerlo, me hubieran acabado echando. Lo que cuenta es que soy libre. Y todavía vivimos en un país libre, donde el hombre es algo y representa algo por sí mismo. Eso es lo que quiero encontrar, lo que quiero saber: si realmente es así, o uno ha de renunciar a sus más caras convicciones.

—Rice, te noto extraño... —Forges le miró fijamente—. Además, algo raro te ha ocurrido. Tienes la cara llena de señales, de heridas...

—Ese es un pequeño tributo por esa lucha que te he indicado, por el fin que busco. Dios quiera que sea el único que tenga que pagar...

Salió, sin aclarar a Forges sus palabras. Ahora no disponía de

coche. Pero un taxi le condujo a Jefferson Park, a casi una milla de la Redacción del “Black News”, el periódico sensacionalista local.

Todd Nelson estaba en casa. Era un hombre joven aún, no mayor de treinta años. Fornido, arrogante y de modales bruscos, pero sin afectación. Un típico americano, atlético y capaz de llegar siempre adonde se propone por el camino más corto. La mejor prueba de eso, estaba en su propio historial. Nacido y criado en los arrabales, supo salir de ellos, cursar estudios, crearse un porvenir, y llegar a ser alguien en el terreno forense.

Sus facciones anchas, sólidas y cordiales, recordaban ligeramente al actor cinematográfico Fred McMurray, aunque acaso fuera menos alto que este. Estrechó con calor la mano de Rice, aunque contemplándole fija, agudamente. Y por fin habló, tras sentarse ambos y encender cigarrillos propiedad del abogado.

—Y bien, señor Rice. Usted es periodista. ¿Viene en busca de una crónica negra para su diario, entrevistando a los que tuvimos contacto directo con Davy Hommer?

—De momento, he dejado de ser periodista —ante el gesto de sorpresa del ahogado, añadió escuetamente—: No pertenezco ya al “Clarion”. Busco otras cosas.

—A los hombres como usted cuesta mucho imaginarlos sin las cuartillas y el lápiz en las manos. Pero lo intentaré, de todos modos. ¿Qué cosas busca?

—La inocencia de Davy Hommer.

Nelson pareció sorprendido. Entrelazó los dedos de sus manos y entornó los ojos grises y penetrantes al responder con voz suave, apacible:

—¿Por qué, señor Rice?

—Usted me entregó una carta de su defendido. La última que escribió. En ella me juraba su inocencia. Yo le creí. Ahora busco las pruebas.

—Yo las busqué durante cuatro años enteros —suspiró Nelson, desalentado—. Y ya ha visto el resultado. No le serví de nada. Murió de todas maneras.

—No diga eso. Usted hizo cuanto pudo.

—¿Y ahora cree usted que puede hacer más que yo?

—Parece una pretensión tonta, pero así es, en efecto. Creo que

puedo hacer algo, porque su misión terminó, y entonces empieza la mía. Ya no tiene a quien defender. Yo, sí.

—¿A quién? ¿A un fantasma, a un hombre que ya no tiene valor jurídico ni legal? ¿Por qué no dejamos a Hommer descansar en paz? Yo siempre estuve convencido de su inocencia, y no solo porque un abogado tenga la obligación moral de pensar así, sino porque nunca me pareció culpable. Pero luché, luché, y me estrellé siempre contra un muro de prejuicios, de silencios de resentimientos y de intereses torcidos. Fracasé. Y me di por vencido, pero solamente cuando me confirmaron la fecha de su ejecución, y Davy Hommer cruzó el “pasillo de la muerte”. Ahora, luchar es inútil.

—Para un abogado, sí. Ya no tiene a quien defender. Pero yo no tengo que enfrentarme con un jurado ni unos jueces, sino conmigo mismo, con mi conciencia de hombre que desea creer en algo más que los fríos hechos y las aparentes verdades de un juicio donde tal vez muchos mintieron para condenar a un hombre.

—Señor Rice, aunque logre descubrir algo, eso no reportará ya un bien a nadie, y solamente servirá para remover el fango.

—Sería magnífico que lo removiese de tal modo que ahogara en él a sus propios creadores. Nelson, usted es un hombre inteligente, además de un buen abogado. Usted tuvo que enfrentarse a testigos de cargo que hundieron a su defendido. Sobre todo, dos de ellos. ¿Qué clase de personas son Marion Downs y Connie Jeffries?

Todd Nelson inclinó la cabeza, arrugando su frente al meditar.

—Sí, esas dos mujeres destrozaron mi defensa. No vacilaban al señalar a Hommer como el hombre del “Ford”. Y mi defensa se basaba únicamente en demostrar que Hommer no pudo ser en modo alguno el que condujo el coche aquella tarde. Primero ellas, y luego el mozo del garaje, lo señalaron sin lugar a dudas. En esas circunstancias, todo estaba perdido.

—El mozo era Andrew Colter, lo sé. Pero hágale mejor de ellas dos, si las recuerda.

Tras una mirada de sorpresa ante lo documentado que se hallaba Rice acerca del caso, Todd Nelson respiró hondo y comenzó a hablar:

—Marion Downs era una mujer de vida turbia, una auténtica cualquiera de la peor especie. Rubia, muy llamativa y muy

descarada. Pero también parecía llena de seguridad, y de indiferencia por el reo, a quien jamás había visto antes. A pesar de ello, Hommer me reveló posteriormente en su celda, que él estaba seguro de haber visto alguna vez, antes de entonces, a aquella mujer. Intentamos todo para localizarla, pero fue en, vano. El ministerio fiscal, temeroso de nuestras maniobras, debió de alejarla del Estado, porque no fui capaz de localizarla. Su identificación del hombre que acompañaba a Anne Sanders en el “De Soto” parado en la carretera general, fue aplastante. Lo mismo que la posterior de Connie Jeffries.

—¿Cómo era esa Connie Jeffries?

—Radicalmente opuesta a Marion. Es lo que más pesó en el ánimo del jurado. Era una chica muy joven, una adolescente de total confianza como testigo. Estaba plenamente segura de haber visto a Hommer en su “Ford”, y así lo afirmó. Le señaló sin la menor duda, cuando estaba mezclado Hommer con seis u ocho policías, todos ellos de paisano.

—¿En esa ocasión, no recordó Davy haber visto antes a la chica en alguna parte?

—No, ahí no. Él parecía desesperado, decía que no era posible una cosa así. Pero lo cierto es que sucedió, y no hubo forma de combatir el testimonio. Luego, ese Colter, el mecánico del garaje donde Hommer guardaba su viejo “Ford”, señaló sin lugar a dudas haberle visto entrar y salir con el coche, a las horas habituales, si bien a su regreso lo hizo más tarde, y el auto venía cubierto de polvo. Usted ya sabe que era uno de esos coches comprados en un cementerio de viejos modelos, por unos pocos dólares, y ello hacía más identificable a su dueño. Hommer parecía querer abalanzarse sobre Colter, jurando que estaba vendido. Pero no se pudo demostrar nada de eso. No todos los testigos iban a estar vendidos.

—En cuyo caso, Hommer habría sido culpable, según usted.

—No es eso. Creo que alguno obró de mala fe, no hay duda. Otros creerían hacerlo rectamente, y se equivocaron, como tantos testigos hacen a lo largo de los procesos de todas las épocas.

—Sí, la máquina de la Justicia es infalible —rio con sarcasmo Rice.

Nelson meneó la cabeza, con un pesimismo en cierto modo resignado.

—No siempre ocurren cosas así, Rice —declaró gravemente—. En este caso había muchos intereses en juego, y no todos limpios ni honestos. La delincuencia abunda en Hamptonside mucho más que en otros lugares de este Estado. La Ley se ha visto constantemente ridiculizada por delincuentes atrevidos o cínicos asesinos contra los que no existían pruebas. De súbito, cuando las exigencias públicas son mayores, cuando autoridades y agentes de Policía se ven en la picota, surge el caso Hommer. Parece todo tan claro, evidente y rotundo, que hay un ejemplo ideal para demostrar que la Ley no duerme, que se hace justicia. Hommer paga los platos rotos ajenos. Si algo surge en su favor, es pronto retirado de la circulación o amañado para no estropear el juego de los que, con un solo triunfo, esperan salvarse de la quema. Hommer es la inevitable “cabeza de turco” que libraré a muchos de perder la suya.

—Sí. Y sobre ello se monta un tinglado de corrupciones, de engaños y de mentiras que costarán la vida a un hombre. Eso, para los funcionarios públicos en riesgo de caer estrepitosamente, es un precio barato —Rice torció la boca—. Da náuseas, Nelson.

—Pero no se puede hacer nada. Ni usted ni yo podemos enfrentarnos a ciertos funcionarios de Policía, aunque nos conste que hayan sido sobornados. No podemos buscar a este senador o aquel alcalde o el otro gobernador, porque al ver en peligro su puesto, echarán adelante el caso Hommer, con todas sus consecuencias.

—A veces se puede hacer algo, Nelson.

—No sea ingenuo, Rice. Usted es un hombre que conoce el mundo. ¿Qué piensa hacer para afrontar toda esa terrible fuerza opuesta a la suya, forzosamente débil?

—Encontrar al verdadero asesino. Presentarlo ante ellos, escupiéndoles a la cara su incompetencia y su podredumbre. No habría acusación peor ni más virulenta, Nelson.

—Ciertamente —el abogado sonrió, escéptico—. ¿Pero está a su alcance? De todo ello hace cuatro años. ¿Cómo va a encontrar al auténtico criminal?

—Buscándole donde creo que tiene que estar; en Hamptonside.

—Es un barrio peligroso, Rice.

—Ya lo sé —se tocó la cara deformada—. Esto no me lo hice al afeitarme. Pero allí está la clave de todo. En la persona que tomó el

coche de Hommer la tarde del crimen, en alguien que conocía perfectamente sus pasos, y resolvió aquella tarde cargarle con el sambenito. No fue un culpable elegido al azar. Lo demuestra el que alguien utilizara su “Ford” para llevar a cabo su plan. Colter fue sobornado por alguien, para revelar que era Hommer quien recogió su coche. Lo mismo que la mujerzuela, Marion Downs.

—Admitiendo eso como posible, ¿qué me dice de Connie Jeffries?

—Esa no es de las que se pueden sobornar. Algo existió por medio, y eso también pienso aclararlo.

Todd Nelson respiró con fuerza, miró a Rice lentamente, como si fuera a aniquilar de un solo golpe sus esperanzas, y habló con tono sordo;

—Eso... lo veo difícil. Muy difícil, Rice. Connie Jeffries murió a los diecinueve años, víctima de un ataque de meningitis... Va a hacer tres años de ello...

Capítulo VI

“ALGUIEN IRÁ A LA SILLA ELECTRICA”

“Sonny” Walker pegó un respingo al ver ante sí al visitante. No era eso lo más inquietante, sino la pistola automática que empuñaba este, con una mano tan firme, que no se movía ni una centésima de pulgada. Además, le apuntaba directamente a él.

El exboxeador agitó sus manos macizas y anchas, con gesto de instintivo temor. Dilató sus ojos atónitos, balbuceando:

—Eh, señor Rice... ¿es que se ha vuelto loco? ¡Aparte ese chisme, por Dios! Puede estar cargado y...

—Está cargado —rio duramente Rice.

—¡Cielos, entonces quítelo de ahí! ¡No me asusta un tipo, por fuertes que tenga los puños, pero un cacharro de esos...! ¡Por caridad, no haga tonterías!

—No las haré, si usted habla de una vez. “Sonny”, no tengo nada en contra suya. Le creo un buen chico, que solo se mete en sus asuntos profesionales. Pero este gimnasio se cerrará por defunción de su dueño, si no me contesta a lo que quiero saber.

—Ha... hable, Rice... Pero creo que... no necesitaba esos métodos... conmigo.

—Sospecho que es el único medio de desatar ciertas lenguas. Me habló el otro día de un tal Woolly. ¿Quién es ese?

—Oh, no... Si le digo eso... Woolly me hará degollar, estoy seguro. Boicoteará mi negocio. Y sus amigos son mis mejores clientes. Tenga piedad de mí, Rice...

—Bueno, sin duda será mejor vaciarle los sesos, si es que los tiene, “Sonny” —declaró Martin fríamente, alzando el percutor de la automática con un chasquido.

—¡Nooo! —chilló, descompuesto, el exboxeador—. ¡No haga

eso! Hablaré... hablaré, aunque “Tijeras” me arranque la piel a tiras.

—¿Quién es “Tijeras”?

—Woolly “Tijeras”, el tipo por quien usted me pregunta. Se le conoce así.

—¿Qué clase de pájaro es?

—Vive bien y gasta mucho. Es alguien en Hamptonside. Pero no trabaja. Muchos dicen que es el que dirige la pandilla de ladrones de mercados y salteadores de almacenes, de donde le vienen los ingresos cuantiosos con que cuenta. Otros afirman que se dedica a tráfico de drogas y otros contrabandos. Pero nunca se ha podido probar nada.

Rice asintió ceñudo, disparando otra pregunta rápida:

—¿Dónde se puede encontrar a ese angelito?

—Hay un local, el Club 200. Allí está siempre Woolly. No es su dueño, pero no me sorprendería que tuviese parte en el negocio o la totalidad del mismo, en forma extraoficial. Hay una chica, Saddie Mason, que se encarga de la Caja y otros detalles. Es muy bonita, pero apártese de ella como del diablo. Woolly la corteja y no deja que nadie se le acerque. Y a ella no parece disgustarle Woolly.

—¿Es tal vez una rubia platinada al estilo de Jane Mansfield? —preguntó Rice.

—Sí, esa misma. ¿La conoce? Se parece en el tipo a la Mansfield, pero es más baja y menos opulenta tal vez. También es más bonita. Pero con todo ello, dinamita pura.

—Creo que tengo motivos para suponerlo también así —afirmó Rice lentamente, tocándose las magulladuras de su cara, bastante mejoradas ya—. Bueno, “Sonny”, gracias por los informes.

—Si Woolly se entera de que yo le indiqué todo eso, me desollará. Siempre lleva encima unas tijeras para hacerse la manicura. Es un tipo muy raro, ¿sabe? Y ha clavado esas tijeras a más de uno, en la cara o en el vientre. A uno le arrancó un ojo de esa manera, y nadie protestó por ello.

—Pero el teniente Burton sabrá algo de todo eso, ¿no es cierto? Como del garito de juego que mantiene Harry Dudley...

—Burton sabe de toda la basura de este barrio. Pero creo que

cobra de todos lo suficiente como para callar y hacer la vista gorda.

—Ya —Rice encajó las mandíbulas—. Todo limpio y honrado... Descuide, “Sonny”. Ese tipo de las tijeras no sabrá nada de usted.

—No se enfrente con él. Es muy peligroso, y puede decirse que viene a ser algo así como un reyezuelo, un dictador de los bajos fondos de este barrio.

—Todos son peligrosos en Hamptonside. Me guardaré de ellos, “Sonny” —enfundó en un bolsillo de su americana la automática y sonrió luego—. Otra cosa, amigo. Perdone el susto. Pero cuando la gente se encierra en el silencio, creo que hacen falta otros métodos distintos a los que utilizan los detectives y los abogados.

Abandonó el gimnasio con paso lento, entre las barras paralelas, los *rings* desiertos bajo la luz cruda de los focos colgados del techo, dejando atrás a un “Sonny” Walker aturdido y todavía asombrado por los radicales, violentos métodos utilizados por aquel periodista de la ciudad...

* * *

Martin Rice empujó las puertas de vidrios escarchados, color rojo, del “Club 200”. Evidentemente, todo allí tenía una preferencia marcada por los tonos sangrientos, ya que el neón parpadeante del club, las luces de la escalera de acceso al salón subterráneo, y la misma iluminación de la pista de baile, las mesas dispersas en torno y el mostrador semicircular arrinconado entre dos anchas columnas, eran de un vivo matiz luminoso escarlata.

Rice se detuvo junto al mostrador. Fumaba un cigarrillo, y estudiaba en torno el lugar, de una relativa distinción para el barrio en que se hallaba enclavado. No tenía nada de sorprendente que ciertas gentes de alcurnia, ávidos de conocer otros ambientes, se acercaran a Hamptonside, en busca de locales como aquel. En el exterior, Rice había descubierto aparcados bastantes coches de último modelo.

En el acto, su mirada fue directamente a la rubia sentada tras la caja. Tenía el cabello sedoso y plateado, en contraste con el ocre bronceíneo de su piel. La nariz era breve, las cejas arqueadas, la boca muy roja y gordezuela, y los ojos de un profundo tono pardo.

Era la misma dama del automóvil cruzado en la carretera. La dama que participó en la farsa para hacerle caer a él en la trampa.

Solo que ahora lucía un traje de seda roja, mucho más ceñido a su cuerpo, si eso era posible. Y mucho más descotado, sobre su agresivo busto.

También ella le miró. Al reconocerle, hizo un imperceptible, alarmado movimiento tras la registradora. Alguien le entregó un ticket, y ella cobró. Rice observó que pulsaba un botón más de los necesarios para marcar la cifra y dar el cambio.

—Un “manhattan” —pidió al *barman* el periodista.

Y volviéndose con suave sonrisa a la cajera, observó en una voz que desentonaba, por su dureza, de aquella suavidad—: ¿Ya ha tocado el timbre de alarma, señorita Mason? ¿Cuándo empiezan los tiros?

Ella parpadeó, sorprendida. Rice soltó una breve risita y comentó, antes de que ella pudiera decir algo:

—Espero no asustarla demasiado con mi cara actual. Fue el trabajo de todos ustedes, ¿recuerda? Woolly sabe hacer estas cosas, a lo que veo...

—No sé de qué me habla, señor —replicó ella, agriamente, irguiendo su cabeza—. Si viene buscando camorra, le recuerdo que este es un lugar donde no se acostumbra permitir...

—¿Ocurre algo, Saddie? ¿Qué dice este caballero?

Rice miró hacia el hombre que había aparecido tras unas cortinas. Era grueso, velludo, con faz simiesca. El “smoking” negro le sentaba como un tiro. Hubiera estado mejor saltando de árbol en árbol, en plena jungla.

Clavó en Martin unos ojos helados, pequeños y negros como cabezas de alfiler, y añadió con voz dura, sin aguardar a lo que la cajera pudiese añadir:

—Señor, no importune a mis empleadas, o haré que le arrojen a la calle. Se va a tomar su consumición tranquilito, ¿verdad?

—Por supuesto —Rice soltó una breve, seca risa que sonó a papel de lija rascado sobre la pared—. Usted no debe ser Woolly “Tijeras”, ¿verdad, amigo?

—No. Soy Ray Lehman, gerente de este local. ¿Por qué busca a Woolly?

—A ver si tiene alguna cara en buen uso para suplir la que me estropeó —Martin se tocó la mejilla—. Pero dudo que, aparte la de

la señorita Mason, haya por aquí otras caras presentables en cualquier lugar civilizado.

—Su humor está fuera de lugar, señor —declaró Lehman con aspereza—. Será mejor que se tome su combinado y se largue sin hacer más ruido, ¿de acuerdo?

—Claro. Yo soy muy obediente —miró fijamente a Lehman y habló con voz chirriante—. Solamente busco la inocencia de Davy Hommer y las pruebas para demostrarla. No creo que el verdadero asesino de Anne Sanders se oculte aquí.

Lehman parpadeó, ante lo directo de la réplica. Cambió una rápida mirada de soslayo con la bella cajera rabia, que parecía más sorprendida todavía que el gerente del local.

—Mire, a mí no me importa usted ni Hommer —replicó, agresivo, el tipo simiesco—. Y empiece a molestarme su presencia. De modo que si quiere conservar lo que le queda de la cara, apure pronto su bebida y emprenda la marcha, hijito.

—Claro, papaíto —rezongó Rice, abruptamente—. Siempre a sus órdenes...

Iba a bañar con su “manhattan” al simio vestido de “smoking”. Pero de repente, se detuvo, con la mirada peligrosamente entornada. Acababan de aparecer dos hombres, procedentes de una escalera, al fondo de la sala, por la que sin duda se iría a otro lugar más privado del establecimiento.

A uno no le conoció. Era alto, muy delgado, con “smoking” blanco, y venía manicurándose los largos, huesudos dedos, con unas tijeras pequeñas, pero punzantes, que reflejaban crudamente la luz sobre su acero. El otro, era Harry Dudley, el dueño del “Rock Club”. Ambos parecían muy amigos. Dudley le hablaba agitadamente. De súbito, vio a Rice, se paró en seco, y tocó el brazo del hombre de las tijeras, con viveza.

Lentamente, los ojos del hombre delgado se alzaron, hasta encontrarse con los de Rice. Este descubrió dos pupilas verdosas, frías como dos trozos de hielo, y que le estudiaron con una total carencia de expresión o de emociones, desde un rostro afilado, cruel y corvo como el de un buitre.

Martin Rice avanzó hacia él. Rápido, trató de evitarlo Lehman cruzándose en su camino. Era fornido, lleno de músculos y de mala intención. Su brazo poderoso se anticipó a la marcha de Martin,

pugnando por frenarle.

El periodista había esperado algo así. Descargó un seco mazazo con el filo de su mano sobre el codo de Lehman. El hombre-mono aulló, estremecido por el impacto en sus nervios. Reculó, igual que si hubiera recibido un latigazo de electricidad.

Rice llegó así en dos zancadas hasta la pareja formada por Dudley y el hombre de las tijeras. Dudley cerró los puños, en guardia. El otro se limitó a dejar su tocado de las uñas y contemplar a Rice con viperina mueca risueña en sus labios delgados. La tijera destelló, apuntando a Rice. A este no le hubiera sorprendido que de repente saliera disparada hacia él, como un proyectil mortífero. Pero no ocurrió nada.

—He vuelto, Woolly —dijo Martin, fríamente—. Y esta vez no van a echarme sus esbirros ni voy a dejarme engañar otra vez.

—No sé de qué habla, señor, ni tengo el placer de conocerle —dijo el otro, con voz helada.

—Claro que lo sabe. Se despachó a gusto conmigo y con mi coche. Pero tal vez yo me despache a gusto el día que le meta entre rejas. O cuando logre enviarle a la silla eléctrica.

—¿Está loco? —la sonrisa meliflua de “Tijeras” se hizo más acentuada—. Supongo que no habrá venido a decirme esas cosas, a no ser que esté borracho. Jamás le vi antes de ahora, caballero.

—Su sistema es cómodo. Tirar la piedra y ocultar la mano que la arrojó. Pero yo tengo el mío. Y ese no es cómodo para nadie, Woolly. No me importa enfrentarme con rateros de mercados, con salteadores o contrabandistas. Ni vacilo en usar las mismas armas que emplean contra mí.

—Dudley, este hombre empieza a irritarme —suspiró el truhan, fatigado.

—Ya, estuvo también en mi local el otro día a importunarme —replicó Dudley, hostil—. Tiene la pretensión de demostrar que Hommer era inocente.

—¿De veras? —Woolly rio, mirándole de reojo—. Tardó un poco en ocuparse de ello, ¿no le parece?

—Para salvarle a él, sí. Pero eso fue culpa de los demás. Ahora ya no puedo devolverle la vida. Sin embargo, alguien puede seguirle a la silla eléctrica.

—¿Yo, por ejemplo? —rio duramente Woolly “Tijeras”.

—Usted, por ejemplo —asintió Rice. Elevó hacia él su alto vaso de “manhattan” y bebió en él un sorbo. Luego, dijo fríamente—: Brindo por el hombre que seguirá a Davy Hommer hasta la silla de la Penitenciaría... ¡lo cual no va a tardar mucho!

Dudley, descompuesto, trató de moverse hacia él. Lehman se tocaba el brazo dolorido. Y “Tijeras”, rápido, frenó a su compañero con un frío gesto

—No, Dudley, violencias no. No podemos permitir que al amigo Lehman le cierren el local por un altercado absurdo. Deja que este caballero diga insensateces. Son cosas que solamente él se cree.

—Usted sabe que no —replicó Rice, echando a andar de nuevo hacia el mostrador—. Golpearme no les ha servido de nada. No me asustaron como se proponían. Para ello sería preciso que me mataran. Y eso no les saldría muy bien. Hay una carta mía que irá a parar al Departamento de Homicidios nada más ocurrir tal cosa. Me voy acercando a la verdad... y el día que llegue a ella, un hombre morirá.

—Celebraré que ese hombre no sea usted, señor —fue la réplica glacial de Woolly “Tijeras”, siguiendo hacia la salida, siempre con Dudley a su lado, como fiel perro guardián—. Y hágame caso: deje a Hommer y su recuerdo en paz. Es un consejo...

Martin Rice se quedó quieto, sonriendo burlonamente. Les vio salir del local. Luego, miró a Lehman, que con gesto torcido se alejaba de él. Rice pagó su consumición sin prisas. Desde detrás de la registradora, Saddle Mason no apartaba de él los ojos.

Cuando ya se marchaba, le llegó un susurro que nadie sino él podía oír:

—¿Dónde podría verle... dentro de tres horas? No se vuelva, por favor, no aparente nada...

Rice se detuvo junto al final del mostrador. Tenía la caja registradora justamente a sus espaldas. Y la voz murmurada cerca de él, era la de la cajera. Fingió mirar un dibujo procaz claveteado en el muro, el de una “strip-tease” curvilínea. Y habló entre dientes, ronca la voz:

—Pensión “Durkin”, al final de la calle —musitó—. Pregunte por Smithy. Seré yo...

Siguió adelante, sin esperar respuesta de ella. Cuando se volvió un momento, ya desde la salida, Saddy Mason cobraba unas consumiciones, sin mirarle siquiera. No parecía posible que hubiera cambiado con él impresión alguna.

El periodista salió del “Club 200”. La calle aparecía concurrida y llena de luz, en toda su longitud. Parpadeaban los luminosos de los garitos y salones de baile, de los establecimientos de juegos electrónicos, de bares, “night-clubs” y “drug-stores”.

Rice no vio rastro del peligroso Woolly, de Dudley ni de ningún otro. Respiró hondo, sepultando sus manos en los bolsillos, y echó a andar. Su juego era sumamente peligroso, y podía desembocar en cualquier momento en una trágica coyuntura. No podría culpar de ello a nadie, porque él se lo habría buscado.

Pero tampoco tenía otros medios de llegar a una verdad oculta, si esta existía, de lo que cada vez se sentía más convencido. Iba caminando en la sombra, dando palos de ciego alrededor, y no le quedaba otro camino que fanfarronear, desafiar y lanzar bravatas, amenazas que acaso hicieran perder la serenidad a alguien, induciéndole a cometer un error.

Claro que siempre cabía la posibilidad de que ese error fuese su propia muerte. En cuyo caso, él no habría resuelto nada. En previsión de tal riesgo, había mentido a Woolly, al citar una hipotética carta, que en conciencia no podía escribir, acusando a alguien en concreto por su posible muerte, ya que el golpe podía provenir de cualquiera. No estaba plenamente seguro de nada ni de nadie, y eso era lo peor.

Ahora se detuvo ante la pensión “Durkin”. Había dado ese nombre a la joven cajera del “Club 200”, improvisando rápidamente sobre la marcha, y contando con que la pensión, una de las más amplias, destartaladas y menos frecuentadas de Hamptonside, tendría alojamiento para aquella noche.

Lo tenía, en efecto. Le costó un dólar, que abonó al hombrecillo de pelo grasiento y rostro sin afeitar que le atendió. Añadió otros dos dólares más, indicando que una mujer le visitaría posiblemente a medianoche. Se inscribió con el nombre de Smithy.

A la mención de la mujer, el hombre puso algunas objeciones, sacando a colación la honorabilidad del lugar, pero otro par de dólares allanó esos graves obstáculos morales, y quedó de acuerdo

en hacerla subir si llegaba. Pero si era un hombre quien preguntaba por él, Rice le hizo prometer que negaría en absoluto su presencia.

Las palabras de la rubia podían ser una trampa. Su primer contacto con ella, en el coche cruzado en la carretera, no había sido muy halagüeño para esperar otra cosa. Pero era preciso intentarlo todo, y correr todos los riesgos.

El cuarto alquilado era un auténtico desastre. No podía esperar otra cosa. Se tendió en mangas de camisa sobre el desvencijado lecho, puso la automática junto a él, bajo la almohada, y esperó, con la vista fija en la puerta, solamente cerrada con el pestillo que podía accionarse desde el exterior. Cerró la cortina de la ventana, apagó las luces, dejando tan solo el leve resplandor que se filtraba a través de esas cortinas translúcidas, de sucias cretonas floreadas, procedente de la iluminada calle.

Las horas eran lentas cuando uno esperaba que transcurriesen, aguardando algo. Jamás tres horas se hicieron tan interminables. Finalmente, muchas luces de la calle principal de Hamptonside comenzaron a apagarse. El rumor distante y entremezclado de músicas epilépticas, ruidos, gritos y pisadas en el asfalto de las aceras, se fue apagando también.

Martin Rice tensó sus nervios. Cerró los dedos en torno a la automática, cuando oyó pararse un taxi allá abajo, ante la casa. Pero nadie entró, porque diez minutos después, el silencio continuaba dentro del caserón.

Tal vez Saddy no acudiría. O fue algún tipo de Woolly en su busca, y el dueño de la pensión negó su presencia, aunque de esto último dudaba mucho.

De súbito, volvió a quedarse rígido. Unos pasos cautelosos, lentos, subían los escalones de la pensión, crujientes y secos. Desde allí, no podía saberse si eran de hombre o de mujer. Rice alzó la pistola, sin quitar sus ojos de la puerta.

Los pasos, llegaron a la planta alta. Avanzaron hacia su puerta...

Martin adelantó la pistola, con el dedo tenso en el gatillo. Golpearon suavemente con los nudillos. Rice, roncamente, se limitó a responder:

—Adelante.

Capítulo VII

“ESTO NO LO HIZO HOMMER...”

La puerta chirrió al accionar alguien el pomo. Luego, comenzó a abrirse. Muy despacio. El índice de Rice presionaba el gatillo de tal modo, que un simple tirón, levísimo, bastaría a lanzar la bala sobre el intruso. Y a Rice no le importaría al que se llevara por delante, si este no era Saddy Masón.

Pero era Saddy. La llamarada rubia platinada de su cabello, fue lo primero que vio. Luego, la figura sinuosa, ceñida por la tela roja, las bonitas piernas enfundadas en nylon, los zapatos escarlata, de alto tacón. Una visita para hacerle dar tumbos a la cabeza de cualquier hombre. Pero no a la suya.

—¿Rice? —preguntó con voz sibilante ella.

—Sí —asintió él—. Entre y cierre. Pase el cerrojo y gire la llave. No quiero riesgos, ¿entendido?

—Entendido, sí —asintió ella, obedeciendo—. Ya supongo que empuña una pistola. ¿No se fía de mí, Rice?

—¿Puedo fiarme de una mujer que me metió en un buen lío a las primeras de cambio? Así está bien. Acérquese ya. Y no hace falta que se contonee tanto. La belleza femenina no me impresiona, en determinados casos.

—Es usted un témpano de hielo —suspiró ella, quitándose la chaqueta de punto blanco que llevaba, y arrojándola sobre el lecho—. ¿Siempre es igual?

—Ya le he dicho que solo en ciertos casos —Rice dominó sus nervios ante la visión de aquella figura de mujer, ceñida por la seda roja como una segunda piel. Se había sentado ella a los pies de la cama, y la falda se encaramaba unas pulgadas sobre las rodillas. El resultado era turbador, inquietante—. ¿Qué se trae entre manos, Saddy? ¿Qué clase de trampa me ha tendido ahora?

—Es usted odioso —murmuró ella, irritada, dando un taconazo en las tarimas del maloliente cuartocho—. Siempre desconfía de todo...

—No me dan precisamente motivos para confiar en nadie, hijita. Pruébeme usted lo contrario, y la seguiré con una venda en los ojos.

—Rice, olvide sus sarcasmos. Al venir aquí, he arriesgado mi vida.

—¿De veras?

—Sí. Solamente con que Lehman, Dudley o Woolly supieran esto, me destrozarían sin contemplaciones.

—Y a pesar de todo, usted, abnegadamente, corre ese riesgo. Cuénteme ahora “Caperucita Roja” o “Blancanieves”. Resultan más verosímiles.

—¡Oh, por favor, no siga! —ella parecía a punto de llorar. Su pecho respiró agitadamente, y la seda roja parecía que fuera a ser perforada—. Si estoy aquí, no es por usted ni por nadie. Solamente por Davy. Yo... yo apreciaba a Davy Hommer. Cuando ayudé a Woolly y los demás a tenderle la trampa, fue porque me engañaron. Me dijeron que usted perseguía echar más fango sobre la memoria de Hommer, en artículos periodísticos nauseabundos. Lo creí, porque parecía lo más natural, y les apoyé. Woolly ha presumido siempre de ser amigo y protector de Hommer. Yo lo he creído... hasta oírle decir hoy que usted busca la inocencia de Davy. ¿Es eso cierto?

—Sí, lo es.

—¿Y por qué ha de hacer eso? ¿Qué ganará usted con descubrir su inocencia, si así fue realmente? ¿Un tema para un buen artículo tal vez?

—No ganaré nada —Rice habló roncamente. Rebuscó en su bolsillo. Tendió a la joven la carta póstuma del ejecutado—. Lea eso... y tal vez entienda mejor.

Ella tomó la carta. Se acercó a una mesa arrinconada, encendió una bombilla colgada sobre ella, y que las moscas habían adornado considerablemente, y leyó en silencio.

Cuando volvió a Rice su rostro, este aparecía levemente descolorido y respiraba entrecortadamente por sus labios carnosos

y rojos.

—Es patética, Rice —dijo en voz muy baja, apenas audible—. Confíe en mí, por favor. Veo que mi instinto no me ha engañado. Fueron ellos los que me mintieron sobre usted. Quizá también sobre Davy.

—¿Qué tenía usted con Davy?

—Nada —ella se estremeció ante la brusca pregunta—. No le conocía mucho, pero me era simpático. A veces le aconsejé que dejara ciertos negocios turbios. Me parecía un chico despierto, capaz de abrirse camino en otros ambientes y trabajos. Él se reía. Me habló una o dos veces, para salir juntos. Pero yo no soy de las chicas que salían con él.

—¿Qué clase de chicas eran las que iban con Hommer?

—Oh, muchachas desaprensivas como Helen, la novia de Dudley, y otras así.

—¿También era de esas Sally Speed, la chica de la cafetería de Parker?

—No, no. Sally era su novia formal. Ha sufrido mucho la chica. No solo por lo de Anne Sanders. Hommer acompañaba a muchas chicas. Amistades de un día, de unas horas, pero que a Sally le causaban mucho daño. La compadezco, la verdad.

—Davy se complicó mucho la vida con las mujeres. Creo que también hubo una pelirroja con la que se enredó más de la cuenta.

—Sí, creo que se llamaba Mary o cosa parecida. Pero a esa no la conocí. Fue antes de venir yo a este barrio.

Rice miraba pensativamente a la rubia cajera. De pronto le espetó:

—¿Por qué vino usted aquí, Saddie? No parece mujer de este mundo...

—No lo soy —ella inclinó los bellos ojos, con dolorosa expresión—. Pero la vida da muchos golpes, y una hace cosas que no quisiera. Cuando se lleva tiempo parada, se acepta el primer empleo que surge. Y ese fue el del “Club 200”. Lehman es un cerdo, pero me trata bien. Sin embargo, Dudley y Woolly son los auténticos dueños del negocio.

—¿Solo en ese negocio?

—Rice, no sé si eso puede ayudarle a demostrar la inocencia de

Hommer. No me gustaría meterme en los asuntos de Woolly. Es peligroso.

—Todo es peligroso, como dinamita pura. Creo que los negocios feos de Woolly y los demás, pueden ser la clave de todo. Acaso Hommer les estorbaba ya. Y buscaron la forma de deshacerse definitivamente de él.

—Si así fuera, le ayudaré también. Estoy dispuesta a ello, ocurra lo que ocurra. No quisiera que unos canallas vivieran gracias a la muerte injusta de Davy. ¿Qué puedo hacer en su favor?

—No lo sé. Temo arriesgarla a usted, Saddie. Ellos no dudarían en atacar a una mujer, si de esa forma se cubrían de posibles riesgos.

—Estoy dispuesta a todo, Rice.

—Gracias, muchacha —la estudió con fijeza—. Creo que es sincera, o miente demasiado bien. Ando detrás de unos testigos que han desaparecido. Uno, murió de enfermedad. Pero los otros dos no los encuentro por parte alguna. Podrían ayudarnos mucho.

—¿Quiénes son?

—Un mecánico de garaje llamado Andrew Colter, y una mujer de vida turbia, una tal Marion Downs. Ambos declararon contra Hommer, y sus declaraciones pudieron ser amañadas entonces...

—No sé nada de eso... Pero Woolly tenía una amiguita llamada Marion. No sé su apellido. Sin embargo, sé que era rubia, y de mala fama por cierto...

—¿Una rubia llamada Marion? —Rice la miró con interés—. ¡Puede ser ella!

—Entonces, puedo decirle dónde vive, si no ha cambiado de residencia.

—¡Cielos, eso sería magnífico! ¿Dónde puedo encontrar a esa mujer?

—En Damonville, un pueblecito del interior, a unas cuarenta millas de aquí. Sé que Woolly pone conferencias allí, que escribe cartas. Ella no viene nunca por aquí,

—No hay que perder tiempo, en ese caso —Rice se incorporó de un salto—. Voy a ir esta misma noche a ver a esa mujer.

—¿Será prudente esto?

—No sé si es prudente o es una locura, pero iré. Tengo que ver a

Marion Downs.

—Está bien, haga lo que crea conveniente. No puedo prohibirle que se juegue la vida, si ese es su gusto. Ella vive en un lugar llamado High Avenue, creo que en el número 572, si la memoria no me falla...

—Espero que sea así. ¿Sabe algo más que pueda ayudarme, Saddle?

—No. Solamente que Woolly no se dedica solamente a desvalijar mercados y almacenes, como aparenta con su pandilla de rateros. He visto que recibe visitas de más allá de la divisoria del Estado. Visitas muy extrañas...

—¿Contrabando?

—Sí, creo que sí. Alguien distribuye cocaína, morfina y marihuana por Hamptonside. Woolly no es ajeno a ese negocio, podría jurarlo.

—Lo sospechaba. Acaso ahí radica la razón de la muerte de Hommer... Ahora debe irse, Saddle. Le agradezco mucho lo que ha hecho por mí. Pero cada minuto que pasa usted aquí, hace crecer el peligro en torno a su persona. Váyase, y ya me pondré en contacto con usted de un modo que no la perjudique.

—Sí, creo que será mejor. Si me sorprenden por aquí, sería tanto como sentenciarme yo misma —se incorporó, sonriente. Recogió su chaqueta de punto, y miró a Rice—. No sé por qué he hecho esto. En parte por Hommer y su memoria... y también un poco por usted. Me gustó esta noche, desafiando a todos y teniendo a raya a Lehman. Creo que entonces deseé enmendar mis culpas de la otra noche.

—Pues lo ha logrado, muchacha —Rice la oprimió suave, afectuosamente el mentón—. Si tuviera más confianza con usted, le daría un beso por esto.

—¿Y a qué espera, entonces? —sonrió ella.

Sorprendido, Martin la contempló con gesto de duda. Por último, se inclinó sobre su carnosa boca. Cuando se apartó, ella respiró hondo. Sus ojos brillaban.

—No me juzgue mal, Rice —musitó—. Es el primer hombre que me besa de ese modo.

Dio vuelta, y abandonó la estancia. Rice se tocó los labios, aún

perplejo. Estaba completamente seguro de que la rubia había dicho la verdad también en eso. Y que le ahorcaran si sabía por qué...

* * *

Contempló a través de la ventana de su cuarto, confundido en las sombras, la figura de Saddle, ceñida de rojo, caminando a través de la calzada hacia la acera opuesta.

Ni una sola vez volvió ella la cabeza. Transitaba poca gente por la calle, y era fácil seguir su trayectoria. El taconeo femenino sonaba huecamente en la noche.

Al fondo, en la otra acera, apagóse el luminoso multicolor de un *dancing* estrepitoso.

De pronto, Martin se envaró. Un coche oscuro, rápido y silencioso, había aparecido por la esquina inmediata. Avanzó, pegado al bordillo de la acera de enfrente, y frenó en seco cuando pasaba junto a la muchacha.

Ella se detuvo, como desconcertada. Una portezuela se abrió. Salió un hombre a la acera. Rice identificó a Harry Dudley. Dentro del coche, además del conductor, había otro hombre al parecer, en el asiento de atrás. Pero no era visible.

Dudley aferró a la atemorizada Saddle por un brazo, atrayéndola hacia sí. Ella, evidentemente, se resistía. Pero no con mucho éxito, porque Dudley era fuerte. La tenía casi metida en el coche cuando Rice tomó su decisión.

Levantó la mano armada de su automática, y con el cañón del arma rompió de un seco golpe los vidrios. Luego, a través del boquete, disparó.

El estampido de la detonación atronó la calle. La bala fue a estrellarse sobre la portezuela abierta, maullando rabiosamente en el rebote. Si algo tenía Martin, era buena puntería con un arma de fuego en la mano.

Dudley soltó a la muchacha y pegó un respingo parecido al que daría un conejo rozado por la bala de su cazador. Miró asombrado hacia lo alto, mientras el coche se ponía en marcha.

Todavía intentó de nuevo Dudley el rapto de Saddle, que se había echado atrás con energía, pero Rice ensayó el disparo por segunda vez, todavía con mayor fortuna.

El proyectil de su automática atravesó el brazo derecho de Dudley, haciéndole chillar como una rata, y terminó su trayectoria abriendo una enorme red de estrías en el vidrio de la portezuela. Dudley, raudó, se metió en el coche y cerró bruscamente la puerta, alejándose, y haciendo patinar las gomas sobre el asfalto, a vertiginosa velocidad.

Martin Rice rio con dureza entre dientes. Luego, corrió fuera de la habitación, descendiendo de tres en tres los escalones hasta la planta baja. Salió a la calle como una exhalación, haciendo caso omiso de los gritos de alarma del conserje nocturno de la pensión, cruzó la calzada a zancadas enormes, y cuando llegó junto a Sddie, al otro lado de la calle, ella, lívida y con los ojos húmedos, se apoyó en él, musitando con voz temblorosa como todo su cuerpo:

—Dios mío, Rice... Gracias... Creo que me ha salvado usted la vida...

Martin la consoló con unos afectuosos golpecitos en la espalda. Algunos curiosos rodeaban a la pareja. Un policía hizo sonar su silbato al final de la calle. Después, ululó la sirena de un coche-patrulla, aproximándose velozmente.

Rice esperó allí hasta que un automóvil, con el emblema del Condado, frenó junto a la acera, y de él saltaron dos agentes uniformados, revólver en mano, y un hombre macizo, corpulento y de enorme faz redonda y grasienta, rematada por una crespa cabellera rojiza y cerdosa.

—Queda arrestado —avisó con voz dura—. Tire esa pistola, o mis hombres dispararán sobre usted

—Muy bien —Rice soltó el arma, con una sonrisa—. Por su truculencia, imagino que es el teniente Burton, de la policía local.

—El mismo. ¿Y usted quién diablos es, para empezar a tiros en plena noche y en medio de la calle? ¿*Buffalo Bill*?

—Me llamo Martin Rice, y soy reportero. Alguien quiso raptar a la señorita Masón, y yo lo impedí.

—¿A tiros? ¿Se cree que está en los tiempos de la colonización del Oeste? —aulló el teniente Jeff Burton, con voz tonante.

—Un secuestro debe evitarse con todos los medios al alcance, teniente.

Burton achicó los ojos, contrariado. Rice no se movía, bajo la amenaza de las armas de los policías uniformados. El teniente miró a Saddy e interrogó:

—Usted es la señorita Masón, del “Club 200”, ¿no es cierto?

—Sí, teniente.

—Bien. ¿Quiere explicarme lo ocurrido?

—Naturalmente. Un coche se detuvo junto a mí, saltó de él un hombre, aferrándose violentamente, para obligarme a entrar en él, y entonces, mientras luchaba por liberarme, y escapar, disparó el señor Rice por dos veces, haciendo huir a los raptos. Llevan un cristal roto por un balazo.

—¿Reconoció a sus captores? —preguntó el teniente con voz aguda.

—No estoy segura —declaró ella, con frialdad, muy astutamente a juicio de Rice—. No puedo acusar a nadie, porque en la rapidez del momento, no vi los rostros de mis atacantes. Incluso mi agresor, me atacó tan rápidamente, que no le mire a la cara.

—Eso es muy raro, ¿eh? —rezongó Burton—. Parece como si no quisiera formular ninguna denuncia...

—Tampoco serviría de mucho —rio Martin—. Al parecer, la policía de Hamptonside no controla demasiado bien el cumplimiento de las Leyes.

—Concrete eso, Rice, o le impondré una multa por desacato.

—Pagaré la multa, teniente Burton. No quiero concretar nada. ¿Va a detenerme?

—No puedo hacerlo, si ella confirma sus palabras —rezongó Burton—. Y, si, naturalmente, ocurrió así. Pero tendrán que acompañarme a extender el correspondiente atestado. Mero formulismo. A lo mejor entretanto, recuerda usted a su captor, señorita Masón.

—No lo creo —ella sonrió, burlona—. Otros denunciaron cosas ocurridas antes de hoy en Hamptonside, y siempre se les formuló una contradenuncia por difamación, al no poderlo probar. No quiero correr ese riesgo, teniente.

—Está bien —Burton parecía furioso, aunque se dominó—. Más peligrará así...

—No, mientras esté yo cerca —dijo Rice, fríamente—. Mataré a

quien trate de tocar a la señorita Mason.

—No tiene que decirme eso a mí, caballero-andante —silabeó Burton, hostil.

—Es que es a quien tengo ahora más cerca. ¿Vamos, teniente? Tengo prisa...

Burton, apretando los labios con ira, se hizo a un lado, para dejar entrar a Rice y a la joven en el coche-patrulla. Luego, entraron él y sus hombres, emprendiendo la marcha hacia la comisaría.

* * *

—No ha sido difícil, después de todo, salir de allí —comentó Saddie, sonriendo, reclinada en el asiento del coche que Martin Rice acababa de alquilar en un garaje de las afueras de Hamptonside.

—Menos de lo que yo esperaba. Incluso tuvo la gentileza Burton de devolverme mi pistola —se tocó el bulto de la automática en su chaqueta—. ¿Sabe lo que creo, Saddie? Que ese hombre está asustado también.

—¿Por qué?

—Empieza a darse cuenta de que está metido en un feo asunto. Y si alguien tira de la manta y descubre las verdades ocultas en el caso Hommer, puede ser su ruina. No es un secreto que Burton es un policía corrompido, un oficial indigno, que se vende al mejor postor. Ahora daría años de vida por dar marcha atrás, pero ya no le es posible y está aterrorizado. Hubiese sido feliz metiéndome a mí en una celda, pero no pudo hacerlo, al confirmar usted mi declaración, Saddie.

—¿Qué otra cosa iba a hacer, Rice? Era la verdad... y además, usted me salvó de un paseo terrible con Dudley y los demás. Es seguro que me hubieran machacado a golpes, o me hubiesen arrojado a una ciénaga, pretextando un accidente. Son capaces de todo.

—Vigilaban muy de cerca —asintió Rice, con la vista fija en la carretera, amplia y oscura. Los faros del coche de alquiler, barrían el asfalto. A ambos lados, huían las sombras de los matorrales, al herirles la luz. Avanzaban muy deprisa por la ruta general hacia el

Oeste—. Eso nos enseñará a no confiarnos más.

—Rice, ¿cree que es necesaria tanta prisa? —murmuró ella, sintiendo en su rostro el azote del fresco aire nocturno.

—Sí. Por eso he alquilado este coche. Por eso voy a Damonville ahora. Y por eso viene usted conmigo. No me arriesgo a dejarla sola de nuevo.

—Seré una carga muy pesada para usted, si he de seguir a su lado siempre —rio la joven, mirándole fijamente—. Además, he perdido virtualmente mi empleo. No entraría ya en aquel lugar por nada del mundo.

—De todo eso, he tenido yo la culpa. Ya le buscaré un empleo bien remunerado lo antes posible. De momento, si quiere ser mi secretaria, está aceptada.

—Gracias. Es usted encantador. Pero todo eso es para ayudarme. No necesita en absoluto una secretaria.

—Si todo esto sale bien, no una, sino veinte necesitaré, para poner en orden mis artículos. Por algo tengo que empezar, por tanto. Usted será la primera, Saddie.

Seguían devorando millas de carretera. Un indicador les mostró bien pronto que tan solo distaba cinco millas de la pequeña población de Damonville, en el llano.

Este último trecho fue cubierto en poco tiempo, y por fin asomó Damonville, su amplia calle central, que era la misma carretera, con sus dos hileras de edificios de una o dos plantas, y su aire provinciano, silencioso y desierto a aquellas horas, salvo en las luces de un parador de carreteras y surtidor de gasolina, establecido a la entrada de la población.

Rice lo pasó de largo, metiendo el coche entre dos edificios, allí donde vio un poste de madera señalando a la derecha la High Avenue. Esta no era sino un camino amplio, polvoriento, bordeado de árboles, que ascendía una loma, con escasos edificios y muchos macizos de arbustos silvestres.

El secreto de su alta numeración era muy sencillo. Esta empezaba en el número 500, por lo que no era de extrañar que existiera un edificio de una sola planta, en el principio de la ladera, con el número 72. Cabía la posibilidad de que también saltara la numeración de diez en diez, porque Rice hubiese jurado que apenas si vio una docena de casas con el aspecto de tales. Lo demás eran

corrales, cercas y establos.

—Ahí es —dijo Saddle, señalando un edificio en sombras, con el número 572 sobre la puerta, en un globo de cristal sin luz—. Ese es el número, estoy segura...

—Es el único lugar factible de estar habitado —asintió Rice. Su mano, sepultada en el bolsillo, acarició el frío metal de su automática. Esto le confortó, y tomando por un brazo a Saddle, se movió hacia el porche de la vivienda, con una sola observación—: Vamos. No creo que ella haya escapado ya...

La puerta principal estaba cerrada. Saddle preguntó si debían llamar. Rice denegó con la cabeza, le ordenó silencio, y señaló hacia el final del porche. Avanzaron hacia allí, rodearon la casa, pisando hojarasca seca que no les ayudó en absoluto en su cauteloso caminar, y finalmente se encontraron en un porche posterior, asomado al campo. Allí había una puerta trasera, recubierta de malla de alambre.

Esa puerta estaba abierta, levemente entornada. El aire, la hacía golpear suavemente, de vez en cuando. Rice sonrió, avanzando sin vacilar, con Saddle junto a él.

Advirtió un estremecimiento en la piel de la joven, y la tranquilizó:

—Vamos, cálmese. Esto no es un edificio encantado. Simplemente, nos dan facilidades. Con tal de que el pájaro no haya volado...

Entraron. Un pasillo corto, con olor a madera y a perfume de mujer, les condujo hasta una cocina pequeña, donde se habían dejado platos y cacharros sin lavar. Allí el olor predominante era el de salsa de tomate y mostaza. Las moscas levantaron el vuelo de los residuos, en la pila.

Rice y Saddle pasaron de allí a un comedor desierto. Había un *living* inmediato. Al pisar el umbral, bordeado por dos alegres cretonas verdes, Saddle gritó roncamente.

El pájaro no había volado. Estaba allí, pero era como si no estuviese.



Estaba ella allí. Pero como si no estuviese...

Martin Rice contempló, sombrío, el cuerpo de la mujer rubia, a medio vestir, colgado de una larga correa de portamantas, pasada por la viga central del techo.

Estaba rígida con la faz amoratada. Una luz con pantalla, en un rincón, había caído a tierra, golpeada sin duda al derribarse la silla en la que se subiera la mujer al colgarse. Ello prestaba a la escena una horrenda, macabra claridad.

—¡Dios mío! —susurró Saddle—. Se ha suicidado...

—Por lo menos, es lo que han pretendido hacer creer —suspiró Rice, rodeando los hombros de la joven con un brazo, para alentarla—. Pero no creo que sea eso...

—¿Cree... cree que... la mataron?

Asintió, muy despacio. Con gesto estremecedor.

—Sí, eso creo... Y esta vez, no fue Davy Hommer quien lo hizo, ¿verdad?...

Capítulo VIII

“UNA VÍCTIMA MÁS”

Todd Nelson, con los ojos cargados de sueño, el cabello revuelto y la bata mal ajustada sobre su pijama a grandes rayas blancas y azules, les contempló absorto. Luchaba con los últimos vestigios de su sueño, y luego se dejó caer en su butaca, mascullando un:

—No, eso no es posible...

—Sí, Nelson, es la realidad —asintió Rice con firmeza—. Marion Downs estaba oculta en un villorrio donde nadie hubiese dado con ella, de no ser por la valiosa cooperación de Saddie Mason. Cuando llegamos, era tarde, porque en apariencia se había matado ella misma. Lo cierto es que la eliminaron muy a tiempo.

—Pero Rice, si eso puede demostrarse, tendremos asegurada la proclamación de inocencia de Hommer. Y su objetivo se habrá logrado.

—Lo difícil es precisamente demostrar eso. No sueñe, Nelson. Oficialmente, se dirá que Marion Downs se suicidó, diga yo lo que diga.

—Aun el suicidio... podría ser básico —declaró con euforia Nelson—. Revelaría el remordimiento de conciencia de Marion Downs, tras haber enviado a la silla eléctrica a Davy con su testimonio.

—No serviría de nada, Nelson. Absolutamente de nada... Porque el cabello rubio de Marion Downs estaba mal teñido últimamente. Examiné sus raíces, sin tocarla de donde la colgaron... y estas eran pelirrojas.

—¿Y bien? ¿Qué tiene que ver eso?

—Mucho. Ahora veo claras las razones de Marion Downs para declarar contra Davy. No hubo soborno. Solamente rencor, resentimiento de mujer desechada. Su nombre de Marion coincide

también con el de Mary, que tenía una amante de Hommer, pelirroja, a la que él dio la patada. Es obvio que luego ella encontró la forma de vengarse. La gente no reconoció, al cabo del tiempo, a la mujer del cabello rojo, con este teñido de rubio intenso. Pero ahora no será difícil demostrarlo así, hundiendo nuestra teoría ante un Jurado.

—Dios mío... —Nelson sepultó la cabeza entre sus manos—. No hay solución, entonces...

—No. Marion hubiese hablado. Por eso la aisló Woolly “Tijeras”. Pero luego, alguien la silenció de un modo más tajante, para que yo no le arrancase la verdad. He logrado mi objetivo: que alguien se ponga nervioso y cometa errores. Pero de momento, eso no conduce a nada, Nelson. Sigo igual que al principio... solo que ahora, el asesino tiene sobre sí tres muertes: Anne Sanders, Hommer... y Marion.

—Le avisé que esto era muy peligroso, Rice...

—Ya lo sabía yo también. Pero no esperaba una víctima más, la verdad —contempló a Saddie, callada y pensativa, con la vista fija en el joven abogado, y añadió—: Todos peligramos ahora. El que mata una vez, ha demostrado que mata cuantas sea preciso para protegerse.

—Entonces... ¿qué va a hacer ahora?

—Seguir adelante. Hasta el fin. El mío, o el del culpable.

—¿Tiene alguna pista?

—Tengo varias. Tal vez demasiadas. ¿Habrà alguna posibilidad de encontrar a Colter, el otro testigo?

—¿El mecánico del garaje? Es difícil. Yo le busqué ya en varias ocasiones. Sin resultado alguno, por desgracia. Le ocurrió como a Marion Downs. Fue igual que si se lo hubiera tragado la tierra.

—Pero la tierra solamente se traga a los muertos. En alguna parte está, y hemos de dar con él. Yo le buscaré. A mi modo, espero dar con él. Ya no basta demostrar que los testigos mintieron, que la policía estaba sobornada y corrompida, que los políticastros locales buscaban salvar sus cargos y su responsabilidad pública, que la Ley necesitaba un respiro ante las críticas de Prensa y de ciudadanos a su gestión de varios años. Ya no basta con levantar el velo sobre esa burda, sangrienta parodia de justicia que existió en torno al proceso de Davy Hommer y que ha convertido su ejecución en un asesinato

más. ¡Hay que encontrar al culpable... llevarle a la silla eléctrica, Nelson!

—De acuerdo —asintió roncamente el abogado de Hommer—. Entonces se hará justicia. ¿Pero será eso posible, cuatro años después de ocurridos los hechos, Rice?

—Cuatro años es poco tiempo para ahogar tanta sangre y tanta infamia velada. Ese hombre o mujer irá a la cárcel, se lo aseguro. Y de allí, a la misma silla que aniquiló a su defendido.

—Lo espero así —Nelson se pasó una mano trémula por los ojos—. Cada vez que recuerdo al pobre Hommer...

—¿Usted le defendió solamente por simpatía, o porque le correspondió de oficio?

—El abogado de oficio nombrado por el Tribunal, renunció a la defensa. Yo me hice cargo de ella. Creo que porque yo había nacido en Hamptonside y sentí afecto hacia ese muchacho, aunque jamás le vi antes de aquellos días. Solo lamento haber perdido la partida.

—Otro cualquiera la hubiese perdido igual. Hizo cuanto estuvo en su mano. Dejemos eso ahora. Solamente quería saber cuanto fuera posible de Hommer, por eso he vuelto a usted. Pero todos andamos en tinieblas, Nelson. Voy a ocultar a Saddy en algún lugar donde no la encuentren Woolly y sus esbirros, y a proseguir la búsqueda.

—Le deseo suerte, Rice. Y mucho cuidado. Su tarea es admirable. Procure que nadie la frene atentando contra su vida. Hommer no pudo encontrar mejor abogado, después de muerto.

Rice estrechó la mano de Todd Nelson, y abandonó la casa con Saddy Mason. De nuevo comenzaba la implacable cacería de aquel fantasmal asesino que andaba buscando.

* * *

Rice abrió el diario de la tarde con afán, sin cuidarse de las noticias sobre el suicidio de Marion Downs, en una casa de Damonville, relegadas a la tercera plana.

Era la sección de anuncios por palabras la que buscaba, en su sección de “Demandas”.

Sonrió al encontrar el recuadro. Era breve su texto. Y resultaría ininteligible, excepto para una persona interesada:

“COLTER. Ofrécese buena remuneración exmecánico garaje. Asunto importante. Riesgos vida, similar DOWNS. Urge respuesta demanda. Teléfono CENTER-123738.”

Eso era todo. El recuadro y el texto se repetían varias veces en la página. Todos idénticos. Le había costado mucho la propaganda. Iba inserta en los tres diarios vespertinos.

No ocurrió absolutamente nada. Al otro día, la Prensa matinal reprodujo los anuncios también, en su sección habitual. Martin Rice fumaba, comía bocadillos y bebía cervezas junto al receptor, esperando algo. Pero el teléfono permanecía mudo.

Solamente Saddle llamó conforme a lo convenido, cada tres horas, para comunicarle que todo seguía bien en el refugio que le había buscado Rice, bajo el nombre de “señora Stewart”.

Por fin, a las dos de la tarde de aquel día, cuando la intensidad del sol era más fuerte en las calles, Martin Rice pegó un respingo. El teléfono estaba sonando.

Esperó, mirándolo con aprensión. Faltaba más de una hora para llamar Saddle. Lo descolgó por fin. Preguntó, con voz tensa:

—¿Dígame?

Una pausa. Luego, una voz masculina, grave y pastosa, habló con cautela:

—¿Usted puso el anuncio titulado “Colter”?

—Sí —asintió Rice.

—Soy Andrew. ¿Le dice algo ese nombre?

—Sí. Continúe.

—¿Era para mí el anuncio?

—Por supuesto. ¿Ha leído las noticias?

—Las he leído. Marion Downs, ¿no?

—Eso es.

—¿Quién es usted?

—Martin Rice, periodista en vacaciones.

—¿Periodista? ¿Qué quiere? ¿Tema para escribir?

—No. Quiero salvar una vida.

—Marion Downs se mató, no la mataron.

—Eso dice el periódico. Usted y yo sabemos que no. ¿Está asustado?

—No he dicho que lo esté.

—Pero es así. Tiene miedo, Colter. Sabe que el que silenció a Marion, le va a tratar de silenciar ahora a usted. Quiere hablar, ¿no es cierto? Revelar la verdad sobre aquel proceso. Usted mintió. No era Davy Hommer quien recogió el viejo “Ford” y lo devolvió luego.

—No, no era él... —confesó con voz estrangulada Colter, al otro lado del hilo.

—Lo sabía —Rice respiró hondo—. ¿Va a decirme quién era aquel hombre?

—¿Y qué ganaré yo con ello?

—La vida, en primer lugar. Cazaremos al hombre. Irá a la silla eléctrica.

—¿Y yo? Fui perjuro, hice que ejecutaran a un inocente...

—Unos años de cárcel, nada más. No pueden hacerle mucho. Quizá un par de años, como máximo, acaso menos. Y al salir una recompensa. Pongamos cinco mil.

—Sean diez mil, y hablo —jadeó Colter.

—Es mucho. No quiero engañarle con promesas falsas. Soy honesto, Colter. Siete mil quinientos. Es de mi bolsillo. No puedo darle más. Los cobrará antes de ser encarcelado, y los podrá disfrutar al salir. Palabra de honor.

—Quiero el dinero en mano. Ahora mismo, y contra mi confesión, Rice.

—Está bien —Martin contuvo los latidos de su corazón—. ¿Dónde le veo? ¿Dónde vive?

—No soy tan ingenuo. Usted podría ser “él”... el que mató a Marion, a Anna Sanders. También me anda buscando, lo sé. Les interesa a muchos dar conmigo.

—Fije usted el sitio, en ese caso.

—Dentro de una hora en el cruce de Lexington con Alameda, chaflán derecho sur. Frente a los almacenes “Scotty”.

—Habrá mucha gente. ¿Cómo le conoceré?

—Yo le conoceré a usted. Lleve un periódico enrollado en la mano izquierda, y una corbata de algún color vivo. ¿La tiene? Algo

que no se confunda...

—Una verde, con una gran herradura blanca —meditó, rápido, Rice.

—Está bien. Yo me reuniré con usted. También llevaré un diario, el “Sun”. A las tres en punto, no lo olvide. Vigilaré. Si no va solo, no me verá...

—Estaré solo. Y con los siete mil quinientos. Y usted con su confesión...

—Descuide. La llevaré escrita y firmada. También le añadiré algo más, una bonita prueba que tengo en mi poder. Por ella me busca el culpable. Bastará para hundirle, Rice...

—Hasta las tres, entonces —Rice colgó, febril. Se quedó mirando el teléfono. Luego, se encaminó a su armario, buscó la corbata verde, de la herradura blanca. La cambió por la que llevaba entonces. Abrió su pequeña caja fuerte, y contó siete mil quinientos dólares.

Guardó en un bolsillo el dinero. Recogió un periódico, que enrolló cuidadosamente. Antes de salir de casa, se encaminó al teléfono. Llamó a Saddie. Cuando tuvo comunicación, preguntó por la señora Stewart, y pronto reconoció la voz de la joven.

—¿Quién llama? —inquirió ella.

—Soy yo, Martin. No se moleste en llamar dentro de una hora a casa. Estaré fuera. Colter ha aparecido.

—¡Dios sea loado! ¿El anuncio dio resultado?

—Lo dio, sí. Voy a reunirme con él. Va a hablar, por fin.

—¿Le ha dicho dónde vive? Tenga cuidado, porque puede ser una trampa...

—No. Nos reuniremos en el cruce de Lexington y Alameda, frente a unos almacenes. Lleva una confesión completa. Creo que, por fin, estamos a las puertas del enigma, Saddie...

—Es tan maravilloso que parece imposible. Viva alerta, Rice, no se fíe de nada ni de nadie... Colter podría ser el asesino, ¿no lo ha pensado?

—Sí —Rice sonrió, ante la idea de la joven, que coincidía con algo que ya se le ocurriera también a él—. Lo he pensado, Saddie. Y he tomado mis precauciones.

Palmeó suavemente el bulto de la automática en su bolsillo. Ella

no podía verlo, pero debió comprenderlo, porque solamente dijo, antes de colgar:

—A pesar de todo... cuídese mucho, Rice. Su vida es preciosa para mí...

Y se cortó la conexión. Rice contempló, atónito, el receptor. Se preguntó por qué aquellas palabras de la joven le habían hecho estremecer. Pero no era este el momento de pararse en reflexiones.

Tenía que ir al encuentro de Andrew Colter, el perjurio del proceso Hommer...

* * *

Llegar a Lexington Place llevaba su tiempo. No era un lugar cercano al apartamento de Rice en la ciudad. Pero a las tres menos cinco, estaba en la esquina del almacén “Scotty”, un bazar importante, cuya ancha acera aparecía repleta de un público apresurado y heterogéneo.

Rice se paró a escasa distancia de los almacenes, bajo la cornisa de un cinematógrafo. Miró alrededor, sin ver el menor rastro de alguien que pudiera ser Colter. Aunque en realidad, cualquiera podía serlo. Pero él no conocía al hombre.

Fue avanzando lentamente hacia la puerta giratoria de los grandes almacenes. No ocurrió nada. Llevaba desabotonada la chaqueta, bien visible su verde corbata. Con el periódico enrollado, tamborileó ostensiblemente sobre un escaparate de “Scotty’s”.

De una calle inmediata, la afluyente de Alameda Street, le llegó un ruido de frenos, el chirriar de unos neumáticos y gritos de alarma, excitados.

Hubiera ido a ver lo que sucedía, pero no quería dejar su lugar de vigilancia. Transcurrieron unos instantes más sin novedad. La gente pasaba junto a él con rapidez, hacia el lugar donde se oyera el revuelo.

Acercóse, caminando despacio, a la esquina de la calle donde ocurriera aquello. Vio un gran gentío, en medio de la calzada, rodeando algo que yacía en el asfalto. Los coches estaban parados, y un auto patrulla de la policía, cruzó ante él a velocidad vertiginosa. Oyó hablar a unos transeúntes con voz excitada:

—¡Van a ver si le dan caza! ¡Después de atropellar a ese

hombre, el muy canalla se dio a la fuga!

Sin saber por qué, Rice sintió un escalofrío recorriendo su espina dorsal. Echó a correr hacia el lugar del accidente. Un policía le frenó, cuando intentaba penetrar entre el cerco de curiosos.

—No se puede pasar, señor. Dejen paso para cuando llegue la ambulancia...

—¿Está muerto? —interrogó.

—Sí, señor. Pero no puede pasar a verlo...

—¡Necesito verle! —gritó Rice—. Esperaba a un amigo... Quisiera saber si... puede ser él...

El policía le miró fijamente. Luego, preguntó con voz fría:

—¿Cómo se llama ese amigo suyo, señor?

—Colter —dijo secamente—. Andrew Colter... Era mecánico...

El agente no dijo nada. Se apartó a un lado y declaró tras un silencio:

—Puede pasar. Desgraciadamente... era su amigo.

Rice llegó junto al muerto. Un ejemplar del “Sun”, bañado en sangre, agitábase al lado del hombre. El coche había destrozado su cabeza de tal modo, que no cabían dudas sobre su estado. Ni un soplo de vida quedaba en Colter.

Había sido un hombre recio, moreno y vulgar, de grandes manos callosas. Otro agente examinaba sus documentos, salpicados de sangre también. Miró a Rice, y el compañero uniformado le explicó que conocía al atropellado. Rice mostró su insignia de Prensa, antes de arrodillarse junto a Colter.

—¿Quién lo hizo? —preguntó.

—Nadie lo sabe. Era un coche oscuro, pequeño. La matrícula era de Florida, pero sospecho que debía ser falsa. Después del atropello, dicen algunos testigos que se paró, como si fuera a prestar auxilio al caído. Se inclinó sobre él, y sin duda, al advertir su obra escapó apresuradamente.

Rice asintió. El que hizo aquello no se bajó precisamente a auxiliar a Colter, sino a arrebatarse algo muy valioso: su confesión...

Encajó las mandíbulas, furioso, muy pálido. Las manos fuertes, nervudas, del muerto, aparecían crispadas, en un instintivo gesto, acaso por proteger lo que llevara en ellas. En una era el periódico

aquel sin duda rasgado y sanguinolento. En la otra, posiblemente las pruebas tan anheladas.

Rice, de pronto, dilató sus pupilas al descubrir algo entre la sangre que salpicaba el diario. Había un pico de papel manchado de sangre entre las hojas del “Sun”. Pero un papel... que no pertenecía al diario.

Rápido, fingió examinar al desfigurado cadáver. Su mano izquierda, subrepticia, alcanzó el periódico. Fingió caer y se apoyó para no perder el equilibrio. Los dedos extrajeron velozmente el pliego de entre las hojas impresas. La sangre manchaba también aquella hoja, pero menos que las del diario. Sepultó velozmente el pliego en su bolsillo, y luego se contempló la mano ensangrentada, con gesto de horror.

—Dios mío... —balbuceó, fingiendo un maree—. Creo que es demasiado fuerte...

—Sí, será mejor que se marche, o la ambulancia tendrá que trasladarle también a usted —recomendó el policía—. Déjenos su nombre y domicilio para llamarle. De ese modo podrá identificar el cuerpo y demás formalidades de rigor, puesto que le conocía usted. En estos accidentes, no se molesta mucho al testigo, después de todo...

Rice dejó tomar nota de su carnet, y luego, con una excusa débil, se retiró. Avisó a un taxi, subió a él, y le dijo que se alejara hacia el centro de la población.

Cuando estuvo bastante lejos, rebuscó ávidamente en su bolsillo. Si fuera la preciada confesión de Colter la que estaba entre las hojas del diario, pensó esperanzado.

Pero no. Era esperar demasiado. Pronto vio que aquella letra cultivada, aguda y femenil, no podía ser de Colter. Parecía una culta caligrafía femenina.

Recordó una frase de Colter por teléfono: “...añadiré una bonita prueba que tengo en mi poder. Por ella me busca el culpable...” ¿Sería aquella cuartilla de papel tela color cremoso, que ahora la sangre enrojecía en gran parte, la prueba citada?

Le tembló el pulso al extender el pliego, y trató de leerlo. Un asombro infinito le invadió al ir recorriendo las breves líneas hasta su fin:

“Querido mío:

”Lo que suponíamos es cierto. He visitado al doctor de quien te hablé. Y es como yo temía. Ya no hay duda alguna. Le oculté mi nombre y señas, por supuesto. Espero que no las averigüe antes de que podamos casarnos y referir a mis padres lo sucedido.

“Amor mío, queriéndonos tú y yo, todo tiene arreglo. No debes dudar de mi amor. Lo que te hablaron de ese muchacho, Davy Hommer, es falso. Es un buen amigo, un muchacho que me resulta simpático y a quien quiero ayudar. Quiere un trabajo digno para casarse con su novia, y se lo he encontrado.

“En cambio, sé que te han visto otra vez con esa chica del parador de carretera, Connie Jeffries creo que se llama. Es familia de dinero, pero supongo que eso a ti no te importa, y que es a mí a quien amas. Te creo cuando me aseguras que Connie es solamente una conocida con quien nada te liga. Yo tengo fe en ti, amor mío.

“Si hoy no te puedo ver por tus ocupaciones, te entregarán esta nota. Se la doy a Colter, tu amigo del garaje de Hamptonside, para que te la entregue. Contéstame pronto o ven a verme. Tengo mucho miedo, pero sé que todo se resolverá, porque nos queremos y te portarás como el caballero que eres con tu:

“Annie”

Martin Rice, perplejo, envolvió cuidadosamente aquella carta entre papeles de su cartera para no ensuciar de sangre sus ropas.

Era una prueba inaudita. Lástima que no llevara el nombre del destinatario. Pero era indudable que la remitente era Anne Sanders, la muchacha asesinada cuatro años atrás.

Ahora advertía su tremendo error. Había buscado un motivo, el motivo de alguien para dañar a Davy Hommer. Y de pronto, se encontraba con que lo que era preciso hallar, era el motivo de la

muerte de Anne Sanders, la muchacha del “De Soto”...

Y ese motivo, estaba tal vez allí... entre sus manos. Ese motivo, había costado la vida a Andrew Colter, que supo siempre quién era el verdadero asesino...

Capítulo IX

“HE LLEGADO AL FONDO DE LA CIÉNAGA”

Martin Rice se detuvo ante el rótulo de la vivienda. Leyó: “Familia Jeffries.”

Pulsó el timbre. Mientras esperaba, pensó en el escaso tiempo que le había llevado dar con los padres de Connie, la muchacha muerta de meningitis tres años atrás.

Le bastó buscar todos los Jeffries de la ciudad en el listín e ir llamando a cada uno, preguntándole si fueron ellos los padres de Connie. A la tentativa número veintidós, apareció Harold Jeffries y su esposa, en una residencia de Wood Hill, a dos millas de la ciudad.

Se desplazó allí sin perder tiempo. Ahora, aguardaba la prueba final para enfocar el caso desde otro ángulo diametralmente opuesto. Estaba llegando al fondo de la charca enfangada que ocultara la monstruosa ejecución de un hombre inocente. Y de aquella carta, escrita para entregar “si muriese al amanecer” su autor, había llegado a esta otra, reveladora de un tremendo conflicto humano terminado con un asesinato feroz, despiadado.

Una pulcra doncella le abrió la puerta de la cerca y le condujo hasta el edificio rodeado de árboles y jardines. Rice dio su nombre. La doncella asintió.

—Los señores le esperaban ya. Por favor, acompañeme...

La siguió hasta la presencia de Harold Jeffries. Era un hombre alto, correcto, de facciones afiladas y graves, bajo la cabellera blanca y cuidada. Un bigote canoso sombreaba sus labios delgados.

—Señor Rice, disculpe a mi esposa por no recibirle, pero ella se encuentra algo delicada. Desde la muerte de nuestra pobre hija, no levanta cabeza... Me dijo por teléfono que el motivo de su visita era...

—Hablar de su pobre hija, señor Jeffries. Y lamento ser duro con ello, porque imagino que no es tema grato para usted...

—No, no lo es, ciertamente. Porque supongo que se tratará de su relación con el horrible caso Hommer...

—Así es. Pero solo de un modo indirecto se referirá a Davy Hommer y al papel de su hija en aquel juicio. Usted mejor que nadie podría hablarme de ello, pero imagino que cuando identificó a Hommer como el conductor del viejo "Ford", no obró sino como su propia conciencia le dictaba. Por tanto, dejaremos eso a un lado.

—En ese caso, ¿qué quiere saber, señor Rice?

—Ante todo, una pregunta que le parecerá impertinente, pero no pretende serlo. Ustedes... son ricos, ¿verdad?

—Pues... sí —el caballero le miró, sorprendido—. ¿A qué viene...?

—Por favor, no me interrumpa. Pasemos a otra cosa. Su hija ¿tenía novio, prometido, algún pretendiente, en fin?

—Pretendientes, muchos. Era joven, bonita... y rica, si a eso se refería usted —sonrió amargamente—. Pero ella tenía sus gustos definidos y no hacía caso a ninguno. Tan solo poco antes del infortunado caso Hommer, cuando pasó la temporada de vacaciones en el parador de carreteras de mi cadena que teníamos entre la población y Hamptonside, pareció conocer a alguien allí. Lo cierto es que nunca supimos siquiera, porque ella no llegó a presentárnoslo. Pero un padre conoce bien a su hija, y yo supe que ella tenía un romance con algún muchacho. Se le advertía en los ojos, en su emoción incontenible, en todo su aspecto, en fin. Un día, me lo confesó. Dijo que sostenía relaciones con él desde hacía algún tiempo, y que iba a presentárnoslo. Pero eso nunca llegó porque ella cayó enferma, y el caballero en cuestión estaba ausente entonces.

—¿No le dio ella su nombre, su teléfono o su dirección?

—Yo se lo pedí, pero ella estaba ya en pleno desarrollo de la enfermedad, y no coordinaba ideas, apenas si era inteligible lo que decía. Murió sin que yo pudiese avisar al muchacho con el que deseaba formalizar sus relaciones. Y lo más extraño, es que él jamás apareció, nunca se presentó a nosotros, ni supimos de él en absoluto.

—Es un novio extraño, ¿no cree?

—Sí, muy extraño. A fuerza de tiempo, lo hemos ido olvidando. Pero siempre me intrigó aquel misterio. Me pregunté si no sería una ficción de mi hija. Ella era muy imaginativa. También durante su enfermedad, parecía querer esforzar su imaginación. Y su obsesión era el caso Hommer, donde infortunadamente tuvo que mezclarse como testigo, al ver el choque del turismo con el “Ford” del asesino...

—¿Qué obsesión era esa? ¿Logró usted descifrarla, señor Jeffries?

—No del todo. Parecía resistirse a la idea de que mataran al condenado. Y a veces, en sus delirios, repetía: “No era él... No era él, estoy segura... Pero ¿por qué, por qué me hizo decirlo...? ¿Por qué...?” Y cosas así.

Rice asintió lentamente. Miró con expresión grave, profunda, al padre de Connie.

—Lo que yo imaginaba, señor Jeffries —dijo—. Alguien inculcó la idea de que Hommer era el hombre que ella vio. Y hasta más tarde, no comprendió ella su error. Tal vez si supiéramos quién era el hombre de quien ella se enamoró, tendríamos al culpable de su perjurio involuntario. Todas las muchachas tienen su diaño, señor Jeffries, o cosa por el estilo. Amigas a quien revelan sus cosas. ¿No cree que pueda haber un medio de saber quién era el novio misterioso?

—No. Connie no escribía diarios ni hablaba con nadie de sus cosas. Asistió a todas las sesiones del dramático proceso Hommer, y no solo como testigo, sino apasionada por el caso mismo. Cada día que iba a la sala, a seguir la vista de la causa, parecía realmente feliz. A pesar de que nunca fue una muchacha morbosa ni cruel... Ya le digo que aquella temporada se portó extrañamente. Luego, hasta caer enferma, estoy seguro de que algo interior la torturaba, porque se hizo más taciturna, más callada y pensativa. A veces llegaba a asustarme.

—Acaso todo eso fue lo que la hizo enfermar. Sus pobres meninges trabajaron demasiado... en cuyo caso nos hallaríamos ante tres asesinatos reales... y dos morales.

—¿Eh? ¿Qué es lo que dice?

—Señor Jeffries, el hombre que mató a Anne Sanders en la carretera mató también a Marion Downs y a Colter, dos testigos del

caso. Pero ya antes, había aniquilado a su hija por la tortura mental de algo que ella jamás reveló, por miedo, por conciencia o por amor a alguien... y al propio Hommer, ejecutado por lo que no hizo.

—Dios mío, es espantoso... —musitó el padre de Connie, horrorizado.

—Sí, espantoso. Pero cada vez estoy más cerca de la verdad... y presiento que me estoy aproximando ya al final... Gracias por todo, señor Jeffries... y disculpe que haya venido a despertar en usted amargos recuerdos. Solamente debe caberle la satisfacción de que su hija va a quedar pronto vengada...

* * *

Rice se detuvo en el bulevar, al regreso de la colina residencial. Entró en una cabina pública.

Solamente una persona, aparte él mismo, había sabido el lugar de la cita y la persona con quien se reuniría. Eso simplificaba mucho las cosas.

El timbre sonó al otro lado. Alguien se puso al aparato y preguntó:

—¿Con quién hablo, por favor? Aquí Residencia Culver...

—Quiero hablar con la señora Stewart. Es muy urgente.

Esperó. Tras varios zumbidos en el auricular, el telefonista le dijo:

—Lo lamento, señor, pero había olvidado que ese número no responde.

—¿Por qué no? —los nervios de Rice se pusieron tirantes como cables de acero.

—La señora Stewart salió hace más de dos horas, señor.

—No puede ser. No tenía que salir hoy en absoluto.

—Pues así es, señor. Señora Ada Stewart, apartamento 12-N. Salió a las dos y media, después de una llamada telefónica efectuada desde su apartamento.

—¿Ella llamó a alguien?

—Sí, señor. ¿Quién es usted, por favor?

—Su hermano, el señor Stewart. Ya sabe usted, el que la acompañó ahí para alojarla. Por favor, ¿no puede indicarme a

quién llamó, no le dio nombre alguno al pedir línea?

—No, señor. Llamó ella directamente, tras pedirme línea... —el telefonista hizo una pausa, mientras Rice se apoyaba en los cristales de la cabina, bañado en sudor frío, con un centelleo de furia en, sus ojos—. Pero si le es de tanto interés, señor, acostumbro a tomar nota de todas las llamadas que se efectúan, y el teléfono que marcan los ocupantes, por si algo anómalo sucede. No me está permitido facilitarlos, pero su caso es especial.

—Sí, por favor, deme ese número —pidió Rice, anhelante—. Es cosa de vida o muerte...

—Es TIMes-813524.

—¿Seguro? —preguntó roncamente Martin Rice.

—Seguro, señor. Lo tengo bien anotado.

El periodista colgó. Rápido, hizo una llamada a la central. Pidió el abonado de aquel número. Le dijeron que necesitaría dirigirse a la Policía para obtenerlo.

Rice, con creciente excitación, viéndose a las mismas puertas del misterio, hizo un último esfuerzo. Marcó el número TIMes-813524. Puso un pañuelo ante la rejilla del micrófono, y esperó.

—¿Quién llama? —pidió una voz brusca.

—Por favor, ¿es ahí TIMes-813425?

—No. Se equivoca de número, señor —respondió la voz. Y a Rice le resultó conocida.

—Perdone. ¿Quiere decirme entonces qué número es ahí? Estoy seguro de haber marcado bien...

La voz le citó el número que él ya sabía. Rice dio las gracias y colgó. Luego, quedóse apoyado en el vidrio de la cabina.

—Todo está resuelto —musitó—. He llegado al fondo de la ciénaga...

Luego comprobó que llevaba la automática en el bolsillo. Llamó a un taxi y le dio una dirección. Se acomodó en el coche, con expresión endurecida. Avisó al taxista:

—Por cada minuto que gane, tendrá diez dólares, amigo.

El coche voló literalmente. Rice solamente tenía un objetivo ante sí: hacer justicia. Y vengar a Hommer y a todos los demás...

Ni siquiera alimentaba esperanzas de salvar la última vida en la

balanza. La de Saddie Masón. Y eso haría su venganza mucho más terrible...

Capítulo X

“USTED TAMBIEN MORIRÁ AL AMANECER”

Cuando se detuvo ante el edificio al que se dirigía, solamente dio unas instrucciones rápidas al taxista, junto con dos billetes de cincuenta dólares:

—Vaya al Departamento Central de Policía. Diga que pueden venir aquí a por el asesino de Marion Downs y de Andrew Colter. Que se apresuren, o tal vez sea también el asesino de Martin Rice... Ellos entenderán.

El taxista le miró atónito, asintió y alejóse a la carrera, sin esperar a más.

Rice confiaba en que haría lo que le había pedido. Entró en el edificio contiguo al que se dirigía. Subió en ascensor al ático. Salió a la azotea, cosa de veinte pisos por encima de la población.

Desde allí, saltar al edificio inmediato solamente significaba escalar una separación de puntiagudos barrotes metálicos. Los salvó fácilmente, y luego entró en la escalera, bajando por ella hasta el piso diecisiete. Allí llamó al ascensor, y lo dejó en el piso once. El diez era su objetivo. Bajó lentamente los tramos de escalera. Asomóse, oteando el corredor.

No había absolutamente nadie. Su mirada se clavó en la puerta del fondo, cerca de la ventana. Rice avanzó rápido, cruzó de dos zancadas ante la puerta cerrada del apartamento último, y se inclinó sin perder momento sobre la ventana. Alzó el postigo de guillotina. Se asomó.

Abajo la calle aparecía diminuta y bulliciosa, diez pisos más allá. Una comisa estrecha llegaba hasta la ventana inmediata. En la segunda ventana había la escalera de incendios. Rice probó de otro modo. Cruzar la cornisa, era demasiado peligroso.

Volvió al piso once. El último apartamento era el de unas

oficinas de transporte. En la antesala había varios caballeros esperando, con grandes carteras de mano. Rice dio un nombre supuesto a la mecanógrafa y ella le pidió que esperase. Rice, dominando sus nervios, asintió. Moviéndose hasta la puerta de los lavabos. Un rápido cálculo mental le dio la seguridad de que la ventana de los lavabos correspondía a la escalera de incendios.

Entró, cerrando tras de sí. Luego, se abalanzó a la ventana. Era cierto. Allí estaba la plataforma de la escalera de emergencia posterior. Rice alzó el postigo, saltó al exterior y se lanzó escaleras arriba, con sigilo.

Llegó al piso superior. La ventana estaba solamente entornada. El calor era intenso, y ello resultaba lógico. Oteó cuidadosamente al interior. También aquel era un lavabo. Y estaba desierto.

Entró, sin hacer el menor ruido. Su mano empuñó la automática. Lentamente avanzó hasta la puerta de salida al exterior. La movió lenta, imperceptiblemente. Cuando solo quedó una rendija, escuchó voces.

Se quedó rígido. Una voz conocida llegó a sus oídos:

—Tiene que morir, patrón. Sabe demasiado, y nos delataría a la Policía. Una paliza no basta.

—Bien, Woolly. Haz lo que quieras, pero deshazte de ella. Ya ha caído Colter. Nadie va a delatarnos.

—¿Y ese Rice?

—Yo me cuido de él. No esperará el golpe, y caerá. ¿Cómo sigue Dudley de su brazo?

—Mal. Ese Rice le rompió el codo de un tiro, maldito sea... Bueno, patrón, ¿cómo lo hacemos para que parezca un accidente?

—No hay cuidado. Está bien narcotizada. No sospeché de mí cuando vino a verme ingenuamente, después de telefonarme para que ayudase a su querido Rice por si sufría una emboscada. Me salvó de una buena. Ese Colter hubiera entregado su confesión a Rice. Solo lamento no haber encontrado la carta que guardaba para extorsionarme. ¡El muy perro...! Cualquiera sabe dónde la ocultó...

—¿La sacamos de la casa? Será un poco arriesgado.

—Cuando sea más tarde, no lo será tanto. Os daré unas batas blancas. Fingid que sois enfermeros, y os la lleváis en camilla al coche. Una vez lejos, elegid el mejor sistema. Caída desde un

edificio alto, ahogada en el río, atropellada... hay mil medios. Eso zanjará de una vez para todas el asunto.

—¿Podremos volver al asunto de las drogas, patrón? Es lo que da dinero...

—Claro, Woolly. Es lo que da dinero... Ya viste cómo nos deshicimos siempre de todo el que estorbaba. Lo de la chica aquella, la Sanders, fue mala cosa pero me sirvió para hundir a Hommer, a la vez. Dos pájaros de un buen tiro, Woolly.

—Es usted genial patrón. De haberse podido casar con aquella chica, la Jeffries, conforme planeara, todo hubiera sido completo. Dinero, boda...

—No se puede tener todo, Woolly —rio el enigmático “jefe”—. Ahora, con que el F.B.I. no nos coja en el asunto, ya haremos dinero con los narcóticos, Woolly... Puedes avisar por teléfono a uno de tus compinches para que se reúna contigo y saque a Saddle de aquí. Su amiguito Rice no la encontrará, pero ni siquiera en sueños se le ocurrirá asociarlo conmigo...

—Se equivoca, abogado Nelson —dijo, la fría, cortante voz de Rice desde la puerta del lavabo—. El asunto ha terminado... ¡para ustedes!

Todd Nelson, el joven: abogado de Davy Hommer, lanzó una imprecación y se volvió en redondo, con expresión de vivo asombro e incredulidad. Woolly “Tijeras” clavó sus malignos ojos en Martin Rice, increíblemente erguido ante ellos, dentro mismo del apartamento del abogado.

Su gesto fue tan rápido que Rice, más atento a Nelson, no pudo evitar que de los dedos de Woolly salieran disparadas las afiladas tijeras, con un centelleo viperino.

Rice sintió que se clavaban en su brazo, dolorosamente. Pero a pesar del impacto agudo, su mano diestra respondió, sin importarle el mazazo de dolor. Acaso porque vio entonces a la infortunada Saddle, ligada y amordazada, sobre un sofá. O porque al ver la cínica, cruel expresión de Todd Nelson, recordó al infortunado Davy Hommer y su furia, su implacable espíritu de venganza y de justicia superaron toda sensación física.

Lo cierto es que disparó sobre Woolly, y sonrió salvajemente cuando le vio rodar con un chillido escalofriante, tras perforarle el vientre con el proyectil. Nelson se quedó blanco como el papel,

dilató sus ojos angustiados y detuvo su incipiente gesto agresivo, para lanzarse sobre Rice, supliéndolo con un retroceso servil.

—Rice, ¿se ha vuelto loco? —jadeó—. Era una trampa... una trampa para cazar a Woolly en ella. No tengo nada que ver en todo eso. Buscaba hacerle confesar.

—¡Miente! —rugió Woolly, con la faz descompuesta y el vientre bañado en sangre, revolcándose por la alfombra del lujoso apartamento—. ¡Nelson, cochino trai...dor...! ¡Es él nuestro jefe, nuestro asesor y hombre fuerte, en el negocio de los robos, del contrabando!... ¡No soy culpable! ¡Él mató a todos...!

—¡No lo creerá usted, Rice! —chilló Todd Nelson, demudado—. ¡Es él quien miente, que quiere librarse de la silla eléctrica! ¡Sería ridículo pensar que yo, el hombre que defendió a Hommer...!

—No se defienda más, Nelson. Es inútil. Ahora tengo las pruebas. La carta de Anne, dirigida a usted...

—¡Oh, no! —los ojos muy abiertos, desesperados, gritaban su horror ante Rice, el implacable—. ¡Es mentira! ¡Eso no es cierto!

—Tengo la carta. Tengo un diario de Connie Jeffries, nombrándole a usted... —mintió, dueño de sus nervios—. Todo está resuelto, Nelson. Usted la convenció para que dijera que el del “Ford” era Hommer. La hizo creer que todo sería un truco para librar a un pobre hombre de la última pena, y que en ese caso tenía usted todas sus esperanzas puestas. Connie se había enamorado del abogado nacido en Hamptonside, que pretendía conquistar el mundo con su saber, pero que en realidad aspiraba a cazar la dote de la rica heredera. Debió causarle un terrible disgusto la llamada de su joven amante, Anne Sanders, hablándole de lo que sucedía, de la necesidad de una boda... o de un tremendo escándalo que hundiría su carrera y su boda con Connie Jeffries. Por eso la mató, utilizando el coche de Hommer, cuando este en realidad tan solo conocía a Anne de las clases nocturnas a las que asistía para cambiar su camino en la vida y casarse con Sally... Anne le apreciaba como camarada de clase, y quiso ayudarle, buscándole trabajo. Esas eran sus relaciones inocentes. Usted tergiversó todo. Hommer estorbaba, al querer regenerarse, porque conocía sus sucios manejos, esa especie de “maffia” de ladrones y de contrabandistas que opera en Hamptonside, dirigida por Woolly en apariencia, y por usted en la sombra. En el fondo, siempre fue

usted un digno hijo de Hamptonside, un bribón más de aquel mundo corrompido por la miseria y la podredumbre de unos agentes como el teniente Burton, que cobra por callar lo que ve... Todo eso se ha acabado, Nelson. Mañana la Prensa aplastará ese imperio de cobardías y vilezas, porque nuestro país es tan grande, que se rebela cuando descubre focos infecciosos, tumores como ese de Hamptonside... Y sobre todo usted, maldito asesino, que hundió a Hommer, fingiendo defenderle. Usted, que llevó las dudas, la preocupación a la mente de Connie, mientras lograba ir aplazando la ejecución de Hommer, en espera de su boda. Una vez convertido en su esposo, le sería igual que Connie descubriese la clase de tipo que es. Hubiera sido capaz de matarla una vez casado con ella. Connie terminó por sospechar que usted, más que defender con un truco a Hommer, había pretendido hundirle. Pero era tarde para enmendar su declaración contra él, cuando el choque con el turismo azul fue usted quien lo produjo.

“Fui un necio al no sospechar de usted antes. Solamente usted sabía de mi viaje a Hamptonside, y allí ya estaban enterados de mis motivos. Solamente usted conocía mi afán por buscar a Marion Downs, y se anticipó, matándola. Solamente usted podía llegar a enterarse de lo de Colter, al sentir Saddle miedo de que fuese una emboscada para mí, y llamarle inocentemente, para que acudiera a ayudarme. Usted prometió hacerlo, y la convenció para que viniese aquí, a reunirse con él y conmigo. Así lo hizo Saddle. Cuando usted volvió de matar a Colter y quitarle la confesión firmada, narcotizó a la confiada Saddle, avisando rápidamente a Woolly para liquidarla. Pero no contó con mis pruebas y mis descubrimientos.

“Ahora, Nelson, usted se sentará también en aquella silla horrible. Usted también morirá al amanecer... lo mismo que Davy Hommer...

—¡Nooo! —chilló Nelson, desesperado. Y se arrojó sobre Rice, como un tigre.

El periodista no vaciló. Hizo fuego por segunda vez. Con la pierna agujereada, Todd Nelson profirió un terrible grito, y se derrumbó de bruces, retorciéndose de dolor, incapaz de moverse. Rice le miró con una dureza diamantina.

—La Policía está llegando —dijo duramente, avanzando hacia donde Saddle reposaba inconsciente—. Cuando lleguen, tendrán un

herido grave, Woolly, que hablará. Y usted, Nelson, que será un buen bocado para el verdugo.

Había arrancado las tijeras de Woolly de su herida. Se inclinó cortando con ella las ligaduras y mordaza de Saddle. Al mismo tiempo, le acarició tiernamente con su mano zurda, que empuñaba ahora la automática. Su brazo derecho colgaba, bañado en sangre.

—Duerme un poco más, pequeña —musitó junto a la rubia muchacha—. Cuando despiertes, todo habrá pasado... Todo, menos mi afecto hacia ti. Eres lo único hermoso que ha existido en este asunto. Tú... y la fe de un hombre que murió, al escribirme una carta...

Miró a Nelson, que sollozaba, como un pelele roto, sobre la alfombra. En la distancia sonó una sirena policial aproximándose vertiginosamente.

—Asunto terminado —dijo Rice, con fatiga—. Creo que ahora me sobrarán periódicos donde encontrar un buen empleo, con esta exclusiva en mi poder...

Sonrió dulcemente a Saddle y añadió:

—Y tú podrás seguir siendo mi secretaria... por toda la vida, si lo deseas.

FIN

Desde el negro "bunker" en que quedó enterrado con vida y del que logró huir, tras asesinar a un compañero y robarle una fortuna en joyas, el coronel de las SS, Brunder, saltó a Norteamérica para iniciar una nueva vida con el producto de su crimen. Pero él no



sabía que había alguien que le perseguía desde la misma tumba en que quedara sepultado...

DESDE ESTA TUMBA OSCURA...

es el escalofriante título de una novela de fortísimo "suspense", escrita por el magnífico autor, rey de la emoción y de la intriga:

SILVER KANE

¡Llegó a convertirse en una obsesión de pesadilla, la persecución de que era objeto el ex coronel nazi, porque él sabía que los que le acechaban eran tan implacables como lo había sido él..., y que tarde o temprano, caería en sus redes!

DESDE ESTA TUMBA OSCURA...

¡La más sensacional novela policiaca que pueda usted haber leído! ¡Un tema de candente actualidad!

COLECCION SERVICIO SECRETO

la publicará en su número de la próxima semana
Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2 **BARCELONA**

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

726 — María Adela Durango
LAS JOYAS DEL PALACIO

COLEC. "MADREPERLA"

622 — Luis Masota
PRIMERA ACTRIZ

COLECCION "ROSAURA"

566 — Eulalia D'Elattré
CUANDO TE DI MI AMOR

COLECCION "AMAPOLA"

463 — Celia Bravo
OCASION PARA EL AMOR

COLECCION "ALONDRA"

387 — Carlos de Santander
ALLA EN LA FRONTERA

COLECCION "CAMELIA"

328 — May Carré
SIEMPRE HAY UN
HOMBRE

COLECCION "CORAL"

24 — Corín Tellado
EL DESTINO MANDA

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"

667 — Joe Sheridan
MUJERES JUNTO A SU
TUMBA

Col. "SERVICIO SECRETO"

531 — Donald Curtis
SI MURIESE AL AMANECER...

COLECCION "BUFALO"

364 — Clark Carrados
UN HOMBRE MALO

COLECCION "CALIFORNIA"

211 — George H. White
PLAZO: AL PONERSE
EL SOL

COLECCION "TEXAS"

232 — Fidel Prado
OVERLAND MAIL

COLECCION "COLORADO"

156 — Keith Luger
EL REPTIL DEL
DESIERTO

COLECCION "KANSAS"

122 — Cliff Bradley
LA DAMA DE KANSAS
CITY

Col. "HEROES DEL OESTE"

104 — M. Lafuente Estefanía
EL LOBO SOLITARIO

COL. "ASES DEL OESTE"

74 — Orland Garr
¡RELAMPAGO!

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2-Barcelona-Hipólito Irigoyen, 646 Buenos Aires

COLECCION



HIS- TO- RIAS

LA COLECCION MAS LEIDA EN TODOS LOS PAISES DE HABLA HISPANA

TEMAS religiosos, culturales,
de aventuras, femeninos, etc.

100 TEMAS APASIONANTES
en los 100 TITULOS PUBLICADOS

magníficamente encuader-
nados con sobrecubiertas
esmaltadas

A TODO COLOR

250 ILUSTRACIONES

Precio: 30 ptas.

UN LIBRO ES EL MEJOR DE LOS AMIGOS.
Y UN LIBRO DE COLECCION HISTORIAS
ES EL MEJOR DE LOS LIBROS

Es una creación de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

** para la juventud*





*Una Historia
de los Tiempos
de Cristo*

¡La película de los once "oscar"!

LEA la única edición que incluye entre sus páginas fotogramas
de la gran producción METRO-GOLDWYN-MAYER del mismo título

COLECCION JOYAS LITERARIAS

32 fotografías a todo página

Un volumen de 476 páginas

125 pesetas

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

REPÚBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 446/50 - BUENOS AIRES.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 4.ª núm. 13-73 - BOGOTÁ.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - CIU-
DAD TRUJILLO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Bocayá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Istacchuatli, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-61 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Busó - Estrella, 132 -, LA ASUN-
CION.

PERU: Victor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 100 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsalibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.436
MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferres-
quín a la Cruz, 173 - CARACAS.

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



Marlon Brando

N.º 1179

Nacido en Nebraska, en 1924, y procedente del "Actor's Studio", que regenta Elia Kazan, debutó en el cine con: "Hombres". Luego, entre otras, ha intervenido en: "Sayonara", "La casa de té de la luna de agosto", etc



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 6 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain